

La guerra del liberalismo: de Napoleón a la globalización

Enrique Álvarez Villanueva. Oviedo

Resumen

El liberalismo, desde sus orígenes como ideología política en los años de la Revolución Francesa, ha forjado su propio camino mediante equilibrios de poder en las instituciones incluyendo dentro de su lógica a todas las ideologías que han ido desarrollándose en paralelo. Los años 70 del siglo XX marcaron un antes y un después en esta historia de adaptación histórica: las grandes economías occidentales se insertaron en una lógica de dependencia de la deuda para mantener su estado de bienestar, lo que, unido a las crisis económicas de finales del siglo XX y con especial mención a la gran crisis iniciada en 2007, han creado un clima de puesta en cuestión todo el sistema liberal tanto desde el punto de vista filosófico y de teoría económica como de su misma viabilidad en un mundo globalizado. El presente escrito hará una revisión histórica de las etapas por las que el liberalismo ha pasado hasta convertir al llamado Estado liberal en hegemónico, y un análisis acerca de cómo esta última crisis económica puede ser su mayor reto hasta la fecha.

Palabras clave: Liberalismo, marxismo, globalización, Calentamiento global, crisis, revolución, keynesianismo, democracia, Trump.

Abstract

From its origins as a political ideology in the years of the French Revolution, liberalism has forged its own path through balances of power in the institutions, including within its dynamics all the ideologies that have been developed in parallel. However, the 70s of the twentieth century marked a before and after in this history of historical adaptation: The Great Western economies were inserted in a logic of systematic dependence on the public debt to maintain their welfare state, which, together with the economic crises of the end of the twentieth century, with special mention of the great crisis initiated in 2007, has created a climate of putting in question the whole liberal system from the point of view of philosophical and economic theory and of its viability in a globalized world. The present paper will make a historical review of the stages by which liberalism has passed until it converted the so-called liberal state into hegemony, as well as an analysis of how this last economic crisis can be its greatest challenge till date.

Key words : Liberalism, Marxism, Globalization, Global Warming, crisis, revolution, Keynesianism, democracy, Trump.



eikasía

La guerra del liberalismo: de Napoleón a la globalización

Enrique Álvarez Villanueva. Oviedo

1. Introducción

El 18 de junio de 1815 los mariscales de campo Blücher y el duque de Wellington, jefes del ejército combinado de la Séptima Coalición antifrancesa, se reunían a las 22:00 en La Belle Alliance, cerca de Waterloo, Bélgica. Agotados, pero felices tras la desbandada general de las tropas francesas, ponían fin a 23 años de guerra casi ininterrumpida. Napoleón, preso de la melancolía, se retiraba a París para abdicar una vez más como emperador y encerrarse en la Malmaison, su palacio de retiro, esperando su exilio final a Santa Elena.

Tras la guerra, una Europa exhausta contemplaba un horizonte complicado: las potencias que habían sostenido el esfuerzo bélico estaban al borde del colapso económico y social, y el mundo que venía ya no se parecía al de antes de la Revolución Francesa. Los imperios ruso y austriaco buscaron arreglar los disturbios ideológicos que ésta había traído, con Klemens von Metternich a la cabeza, mientras que Gran Bretaña, con un sistema político parlamentario y con grandes problemas domésticos, buscaba una vía de afianzar un modelo a su imagen y semejanza en Europa utilizando a Francia como trampolín. Comenzaba así la guerra del liberalismo, llena de vicisitudes y duras pugnas de poder, pero que desde sus inicios avanzó imparable hacia la implantación de los sistemas políticos que ahora copan la mayor parte del mundo.

El presente texto tendrá como objetivo analizar los diferentes momentos históricos relevantes para el desarrollo e implantación del modelo liberal en las instituciones, además de los retos que tuvo —y hoy tiene— que enfrentar. Para ello distinguirá 3 etapas fundamentales: el siglo XIX, el siglo XX y el siglo XXI, dentro de cada cual se examinará la trayectoria seguida por el liberalismo en sus aspectos

filosóficos, políticos y económicos —puesto que el desarrollo de las tres facetas está estrechamente ligado—, para finalmente recalar en los problemas a los que hoy se enfrenta, y que, según nuestra argumentación, serán los más difíciles en su historia. Esta revisión se hará en términos necesariamente impresionistas, reseñando solo momentos clave por motivos de espacio.

2. Orígenes del liberalismo y principios teóricos.

El término liberal aparece por primera vez con connotaciones políticas en los años del Directorio francés. Se le atribuye su primer uso a Benjamin Constant 1796 como un adjetivo de difícil concreción, aunque rápidamente pasa a convertirse en un sustantivo en 1810-1811, cuando un grupo en las Cortes Españolas en la Cádiz sitiada se atribuyó tal carta de naturaleza (Wallerstein, 2016: 25). El liberalismo nace así en un ambiente revolucionario, y su posición política primigenia se localiza a la izquierda del espectro político, como una reacción al conservadurismo político que trataba de revertir la Revolución y sus consecuencias.

El liberalismo nació como una suerte de doctrina universalista y moderna, buscando introducirse en todas las instituciones sociales y erradicar lo que consideraban como posiciones políticas ‘irracionales’. «Los liberales creían que el progreso, aunque era inevitable, no podía alcanzarse sin cierto esfuerzo humano, sin un programa político» (Wallerstein, 2016: 29). Esto es de una importancia capital, ya que, frente a otras ideologías que actuarán en la pulsión de principios del siglo XIX, el liberalismo tuvo claro desde el primer momento que el Estado y las instituciones eran instrumentos clave para el fin político que perseguían.

La alianza ideológica inicial de los liberales con los jacobinos, republicanos y socialistas tenía sus raíces en su lucha común contra la monarquía absoluta y en su impulso de ‘racionalización económica’, valorando la productividad como requisito básico de un Estado moderno frente al gobierno de la aristocracia improductiva (Wallerstein, 2016: 43). Donde esta alianza comenzó a hacer aguas fue en las formas de llevar a cabo esta racionalización. Los sectores más a la izquierda eran partidarios de una aceleración del progreso por los medios que fueran necesarios, mientras que

los liberales creían que el progreso debía seguir una estrategia más pausada y políticamente responsable.

El liberalismo político y filosófico bebía del análisis económico británico del s. XVIII, erigido en oposición al mercantilismo de los grandes estados borbónicos de Europa Occidental. La libertad y la responsabilidad personales se convirtieron en los grandes valores de esta economía de nuevo cuño abanderada tradicionalmente por Adam Smith¹. Smith fue más allá de ponderar la libertad personal como algo deseable, estableciendo ésta como algo natural. En 1759 veía la luz su *Teoría del los Sentimientos Morales*, donde establecía un «orden natural» de la sociedad, que se articulaba en torno a sentimientos humanos primarios, algunos de los cuales eran el egoísmo, el deseo de ser libre y el sentido de la propiedad (Barber, 1871: 28). Estos postulados afectaban a todos los hombres por igual, lo que constituía un verdadero hito antropológico influido por la Ilustración, que en aquéllos días estaba plenamente en marcha.² La mayoría de las cabezas visibles de la teoría clásica de los siglos XVIII y XIX suscribían esta hipótesis antropológica, pero a la vez hacían primar el crecimiento económico del país sobre la eventual justicia social y la igualdad efectiva de los individuos, dejando en sus manos, por medio del *laissez-faire*, medrar sin límites o arruinarse completamente, pues interferir será incidir negativamente en la «justa y libre competencia de mercado», como David Ricardo tuvo a bien denominarla (Galbraith, 1989: 77). Pese a todo, muchos de los abanderados de la teoría clásica tuvieron sus reservas en fechas muy tempranas sobre la absoluta libertad mercantil; Adam Smith señaló algunos «aranceles convenientes» y argumentó en contra de los gremios monopolísticos (Galbraith, 1989: 84), y Malthus debe parte de su celebridad a su defensa de las Leyes de Granos (aranceles a favor de la agricultura) y a las intromisiones del Estado al respecto de las políticas de natalidad. En futuros apartados hablaremos más sobre las posiciones de los economistas liberales sobre el papel del Estado, pero puede adelantarse ya que la

¹ Sin embargo, entre algunos sectores liberales actuales hay un gran debate sobre si Smith debería disfrutar de la fama que posee como padre de la economía moderna. Se le reconoce, de todas formas, como el fundador «del gran paradigma de la escuela británica clásica» (Rothbard, 1995: 237).

² «La diferencia entre los caracteres de un filósofo y un vulgar mozo de cuerda, por ejemplo, parece surgir no tanto de la naturaleza, como del hábito, la costumbre y la educación» (Barber, 1995: 43).

inveterada concepción de los liberales como antiestadistas debe considerarse, al menos si se la toma como parte *vertebral* del movimiento, falsa.

Por el lado de la filosofía social y política, puede colocarse en el origen del liberalismo a dos figuras fundamentales: François Guizot, político y futuro gran hombre de Estado francés, y Jeremy Bentham, celeberrimo filósofo fundador de la *doctrina utilitarista*, al que después dedicaremos un análisis más detallado.

Guizot recicló el concepto de «mano invisible» de Smith, asimilándola a una suerte de *pathos* racional que guiaba la historia hacia el progreso. Esto resultaba en una definición del ejercicio político como la «facultad de actuar de acuerdo con la razón» (Wallerstein: 2016: 31).

La visión de Bentham resulta más familiar a oídos modernos, puesto su filosofía política ha sido tremendamente fecunda en las doctrinas liberales posteriores. Bentham sostenía que la sociedad era un «producto espontáneo de la voluntad de sus miembros individuales», y que, por lo tanto, era un proceso libre en el que el Estado no tenía parte alguna directamente, pero al mismo tiempo, dado que el Estado era el creador de la ley positiva, de algún modo era capaz de modelar, o al menos intervenir, en el desarrollo personal de los individuos que forman la sociedad. El Estado, en suma, era responsable de potenciar, por medio de leyes justas y sostenidas por la sociedad en el ejercicio de su libertad, la utilidad³.

Bentham, persiguiendo tal fin, se convirtió en un reformista político; lejos de buscar la desaparición del Estado, postuló que éste debía crecer para proteger el libre comercio y la libertad del individuo, ya que «una vez que la autoridad del Estado se reconciliase, gracias a un sufragio universal, o al menos muy amplio, con los intereses de la mayoría, no habría razones ya para considerarlo sospechoso. Se volvería una *legítima bendición*» (Citado en Wallerstein: 2016, 40).

Puede resumirse todo lo reseñado en que los liberales comenzaron su andadura política oponiéndose al Antiguo Régimen, sosteniendo un modelo de sociedad

³ «En la formulación original de Jeremy Bentham y sus seguidores la utilidad fue definida como placer, medido solo por su intensidad, duración y, por tanto, experimentada por el agente» (Christman, 2017: 13, *traducción propia*). La utilidad era, por tanto, un concepto que abarcaba a toda la sociedad como suma de toda la utilidad (o placer, término que podría definirse en términos modernos como bienestar) que disfrutaban sus miembros. El deber del legislador era, pues, optimizar las leyes para maximizar la cantidad bruta de utilidad contenida en una sociedad.

basada en la libertad de cada individuo para seguir su propio camino. Actuar en justicia, para ellos, era permitir que el Estado actuara movido por principios racionales de tal forma que la responsabilidad y la capacidad personal fueran los únicos motores que hicieran que el individuo progresase hasta el límite de sus capacidades, aumentando así la utilidad, o felicidad general, por medio del incremento de la que disfrutaban cada uno de sus miembros. Para conseguir que el Estado hiciera su función, pues, eran necesarias reformas políticas, un voluntarismo institucional que comenzaba a alejarlos cada vez más de posiciones más escoradas hacia la izquierda del espectro político del momento, aunque los liberales no renunciaron a ningún método para fomentar, o imponer de ser necesario, la «mano invisible» del progreso hasta mediados de siglo. (Wallerstein, 2016, 44).

2. La formación del Estado liberal en el siglo XIX

2.1. La situación de postguerra y el nacimiento de la «Entente liberal» en Europa

Gran Bretaña y Francia, que a partir del primer cuarto del siglo XIX formarían la punta de lanza de los Estados liberales, tuvieron que resolver innumerables focos de inestabilidad a partir de 1815 que pusieron en peligro tal posición internacional.

Gran Bretaña, líder de la miríada de coaliciones antinapoleónicas, veía la entrada al mundo de postguerra con unas arcas fuertemente castigadas por el esfuerzo bélico y, lo que era más preocupante, una inestabilidad social notable causada por la escasez de alimentos, las levadas forzadas y la continua represión contra las protestas que habían marcado los últimos doce años. Una de las primeras determinaciones tomadas por el gobierno conservador británico⁴ tras la guerra fue la aprobación de las Leyes de Cereales en 1815, un conjunto de medidas arancelarias para proteger el grano británico frente a la competencia del importado, algo que favorecía grandemente a los terratenientes pero que dejaba en una situación muy precaria a

⁴ Los conservadores británicos no eran como los románticos del Antiguo Régimen de Francia, ellos no estaban completamente en contra del concepto de progreso. La diferencia fundamental que éstos tenían con respecto a los liberales es que no creían que el progreso debía ser «planeado conscientemente ni construido intelectualmente; debía aparecer, simplemente, como sereno consenso de los hombres sabios» (Wallerstein, 2016: 83)

millones de pobres que veían su acceso al sustento básico en grave peligro, especialmente en Irlanda.

La reacción a tales medidas no se hizo esperar, y una fiebre revolucionaria se adueñó del país, sacando a la calle a decenas de miles de personas y provocando gravísimos altercados por todo el territorio nacional. La represión estuvo a la altura de la de los años anteriores, culminando en la llamada *masacre de Peterloo*⁵, donde la caballería británica cargó contra entre 60.000 y 80.000 manifestantes, dejando un abultado número de víctimas. El gobierno *tory*, en estado de alarma, decretó un aumento de las fuerzas armadas y aprobó las llamadas «Seis Leyes» en 1819, legislación que limitaba severamente los derechos de reunión y asociación y daba a la policía poderes represivos extraordinarios, además de endurecer severamente las penas por sedición.

En medio de toda esta inestabilidad y represión, no obstante, el gobierno conservador extrajo varias lecciones valiosas: la primera de ellas es que los movimientos de protesta, pese a tener un formidable vigor, pecaban de falta de organización por surgir de masas de trabajadores, sin contar con la ayuda logística y directiva de las clases medias (Wallerstein, 2016: 82). Además de esto, observaron que las reformas impulsadas tras la represión de los alzamientos populares tenían un efecto mucho más poderoso y otorgaban al gobierno una *potestas* muy superior a la que éste tenía antes del período de furor revolucionario. Así, los liberales encontraban en los tories una fuerza que de alguna manera estaba dispuesta a realizar reformas para mejorar la sociedad, aun después de una represión brutal. Desde luego, cambiar la sociedad mediante actividad parlamentaria agradaba más a los liberales que los tumultos violentos, y eso marcaría una afinidad que se demostraría muy fecunda en los años venideros.

Al otro lado del Canal de la Mancha, Francia veía la reestructuración de sus instituciones con más calma en las calles que Gran Bretaña. Uno de los factores que contribuyó a esta relativa calma fue la asunción de Luis XVIII de la responsabilidad de ejercer el poder en una nación que había pasado casi 20 años funcionando al

⁵ Un macabro juego de palabras creado a partir del nombre de la plaza donde las personas se concentraron, Saint Peter, en Mánchester y la célebre batalla de Waterloo.

margen de aristócratas y monarcas; el gobierno postrevolucionario no podía ser igual al de antes de la Revolución⁶.

El monarca dictó una Carta de derechos de corte liberal, dejando al país en un estado paradójico donde los partidos más defensores de la monarquía tenían una peor relación con un rey que no pretendía ser absoluto que los sectores liberales, que acogieron la buena disposición del monarca con simpatía.

La muerte de Luis XVIII en 1824 trajo consigo, sin embargo, un giro radical hacia el conservadurismo de la mano de Carlos X, que preparó el terreno para los sucesos de julio de 1830. En Francia, las clases trabajadoras alcanzaron una cohesión sin precedentes, consiguiendo revertir el orden autocrático de Carlos X y finalmente destronándolo a favor de Luis Felipe de Borbón-Orleans, un monarca de corte mucho más liberal, que vendría a cerrar el círculo hacia un Estado mucho más afín a las políticas británicas y a la reforma liberal que comenzaría a tomar una rápida inercia no solo en Francia e Inglaterra, sino en varios puntos de Europa, con especial mención de la revolución belga que culminó con su independencia de los Países Bajos en 1831.

Estos sucesos revolucionarios de 1830 son de una importancia extraordinaria en la deriva liberal del continente, y deben ser contemplados con un poco de pausa. Francia se encontraba en una suerte de «letargo internacional» tras los tratados de 1815, donde Reino Unido había practicado una suerte de juego de trileros, «amnistiando» políticamente a Francia de unas condiciones mucho más gravosas en su derrota a favor de establecer un eje europeo mucho más afín a la visión política británica frente a la Santa Alianza de las potencias centrales —Austria, Prusia y el Imperio Ruso—, determinadas a mantener las monarquías absolutas a cualquier costo.

El ascenso al trono de Carlos X y su aventura imperialista en Argelia marcaba un cambio de compás en el estado de las cosas, preocupando mucho a Reino Unido (Wallerstein, 2016:140), que, arrastrada por las corrientes filosóficas liberales del momento, prefería mantener una posición menos colonialista⁷. De todos modos, la

⁶ Incluso el mismo Napoleón, al regreso de su primer exilio en la isla de Elba, afirmó que había vuelto a inaugurar la monarquía constitucional (Wallerstein, 2016: 78).

⁷ Los economistas y filósofos liberales se enfrentaron con denuedo al colonialismo, considerándolo una vertiente del mercantilismo borbónico del XVIII. William Huskisson, parlamentario británico,

tendencia represora general del nuevo monarca despertaba consternación en sectores más amplios del parlamentarismo británico, pero sobre todo entre amplios sectores de la sociedad francesa, incluidos 221 parlamentarios franceses, que enviaron al monarca una petición de respeto a los derechos de la legislatura que Carlos interpretó como una «defensa de los principios esenciales de la Revolución Francesa» (Wallerstein, 2016: 104), y que respondió con medidas aún más represivas. Esta situación forjó una alianza entre las fuerzas liberales de la restauración monárquica en Francia y las masas de trabajadores franceses, o más bien una apropiación de aquellos del ímpetu revolucionario de éstos, que permitió una legitimación de «una versión liberal de la Revolución francesa», clausurando una cuestión histórica pendiente en Francia: la posición que la Revolución y sus consecuencias habrían de jugar en el futuro institucional francés⁸.

Además de cerrar este importantísimo cabo suelto, la revolución de 1830 devolvió a Francia el orgullo de marcar su propio destino político y jugar su merecido papel de gran potencia europea. En palabras de Louis Blanc:

La revolución de julio [...] fue algo más que el *dénouement* de una lucha contra la Iglesia y la realeza; fue la expresión del sentimiento nacional que había sido excesivamente reprimido por los tratados de 1815. Estábamos dispuestos a sacudirnos el yugo de esos tratados y a restaurar el equilibrio europeo. (Blanc, citado en Wallerstein, 2016: 140).

La revolución en Francia y en Bélgica —nuevo Estado altamente industrializado y liberal, y por tanto un aliado natural—, estructuró el nuevo eje liberal europeo frente a la Santa Alianza, que comenzaría a desmoronarse. La situación no era tan esplendorosa, no obstante, para las clases que conformaron el músculo de la revolución. En Francia, al igual que en Gran Bretaña, las reformas conducentes al aumento del censo y otras concesiones no consiguieron elevar el nivel de vida de las clases trabajadoras ni cambios efectivos para sus intereses; de hecho, lo que propiciaron fue un apuntalamiento del sistema liberal, ampliando su masa electoral,

llegó a decir que «todos los reglamentos tiránicos y los guardacostas de la vieja España no impidieron que sus colonias se inundasen con las mercancías prohibidas de Inglaterra, Francia y Alemania» (Huskisson, citado en Wallerstein, 2016: 95)

⁸ «Con la revolución de 1830 fue derrotado finalmente del ataque contra la revolución de 1789» (Bourgin, citado en Wallerstein, 2016: 105).

y a la vez debilitar las posiciones más radicales, que habían perdido parte de su argumentario al encontrarse con una clase política reformista. Este malestar engendraría la gran ola revolucionaria de finales de la década de los 40 en toda Europa, que a la postre terminaría por cimentar el Estado liberal y debilitar aún más a la Santa Alianza en Europa.

2.1. Los procesos revolucionarios de 1848

Tras la lección aprendida durante las grandes insurrecciones de los años 20, los británicos lidiaron con la amenaza de levantamientos proletarios mucho más eficientemente que los franceses. Durante las décadas de 1830 y 1840, las reformas a favor de las clases menos privilegiadas fueron muy escasas, pero la buena marcha general de la economía y en menor medida —y especialmente en Francia—, las colonias, que servían como vía de escape del superávit de mano de obra de la metrópolis, mantuvieron una relativa paz social que se quebró con la crisis económica de 1847-1848, «una de las más violentas conocidas hasta entonces», que dejó al 75 por 100 de los trabajadores industriales de París sin empleo (Wallerstein, 2016: 141).

Una vez más, una combinación de falta de habilidad política y un contexto socioeconómico especialmente desfavorable provocó otro fenómeno revolucionario de enorme fuerza en Francia, impulsado por el viento de cola de las nuevas teorías socialistas en plena gestación en la época, llegando a ser considerada como la «primera insurrección proletaria» de Europa (Tilly, citado en Wallerstein, 2016: 145).

El gran arma del régimen surgido de la revolución de 1830 era el voto censitario, que comenzaba a hacer aguas, ya que los sectores normalmente localizados a la izquierda del espectro político, hasta el momento movilizados bajo el partido moderado de Étienne Cabet, comenzaron a desplazarse hacia un mayor conservadurismo dejando libre el nicho de las izquierdas para posturas cada vez más radicalizadas e insurreccionistas.

El ambiente en Europa estaba claramente escorando hacia posiciones menos conservadoras, ambiente capitalizado por Gran Bretaña, que apoyaba selectivamente las fuerzas de corte liberal —o al menos opuestas al conservadurismo— en

numerosas naciones, mientras que Francia titubeaba, dudosa ante lo que se estaba gestando en suelo propio. Gran Bretaña también supo vacunarse convenientemente contra la insurrección que amenazaba el ambiente conducida por el cartismo, un movimiento de agitación obrera. Los conservadores una vez más tomaron la iniciativa de la mano de Robert Peel y revocaron las polémicas Leyes de los Cereales⁹, anulando con un golpe de mano el principal instrumento de movilización cartista.

El levantamiento de febrero de 1848 en Francia posee un formidable interés por simbolizar la gran oportunidad de llevar a cabo de las aspiraciones de las nuevas clases movilizadas por las nuevas teorías revolucionarias de alcanzar una «república social», que «daría empleo a los desempleados y liberación a todos los que padecían indignidades y desigualdades» (Wallerstein, 2016: 145). La situación en la que la revolución tuvo lugar se convirtió en un delicado juego de pugnas por alterar todo el orden establecido por parte de las masas proletarias y el ímpetu de las clases más liberales y centristas, que se veían compelidos a actuar a favor de cierto cambio pero que al mismo tiempo querían conservar el tejido industrial y comercial frente al pulso colectivizador y de vuelta a la producción artesanal demandado por los proletarios.

El vacío de estrategia al que se enfrentaban estos sectores era notable: por un lado, no podían defender el regreso de ningún monarca, pues la corona era una institución terriblemente desprestigiada, y la «república proletaria utópica» tampoco era una idea muy atractiva para sus oídos. En ese vacío surgió otro Napoleón, poderoso nombre que evocaba las glorias de la primera revolución, pero a la vez simbolizaba un adalid del progreso científico, liberal, nacionalista y dispuesto a dar satisfacción al desamparo de las clases liberales preocupadas por la deriva revolucionaria. El resto es historia:

Los liberales actuaron en 1848 igual que lo hicieran en 1830. Desalentados por un régimen que se había vuelto demasiado rígido, demasiado poco liberal, se levantaron rápidamente y

⁹ La lucha parlamentaria para tal revocación tiene un gran interés por la cautela de las posiciones políticas liberales y la valentía política del conservador Peel para asumir el coste político de retirar las Leyes de Cereales, cuya revocación generaba una gran resistencia en numerosos sectores, incluso en una situación de hambruna generalizada en Irlanda. Al final, una vez más, los conservadores utilizaban la valiosa lección aprendida de que el reformismo a tiempo es una vacuna tremendamente eficaz contra los movimientos revolucionarios. (Wallerstein, 2016: 144).

trunfaron con velocidad. Luego, desalentados por la posibilidad de que los estratos más bajos pudieran sacar ventaja de la situación y llevar las cosas demasiado lejos, renovaron sus vínculos con los grupos políticos a los que acababan de expulsar del poder, porque «el enemigo, en ese momento, estaba en la izquierda» (...) Cuando Luis Napoleón dio su golpe de estado, el 2 de diciembre de 1848, el objetivo primario era reprimir a la izquierda» (Wallerstein, 2018: 148).

Luis Napoleón jugó hábilmente sus cartas, canalizando el apoyo de los sectores liberales al ser el único que realmente podía ejecutar sus demandas, y a la vez impulsando y apoyando legislaciones progresistas, como el blindaje del voto secreto o el sufragio universal, haciendo que los sectores humildes vieran al Estado como un protector que velaba por ellos, al igual que impulsaba la industria y la ciencia. Todo esto mientras los sectores más radicales veían cómo eran sistemáticamente reprimidos y purgados, con más de 26.000 personas detenidas y llevadas a juicio frente a comisiones especiales, y sus aspiraciones políticas se desvanecían completamente por otros 20 años.

2.3. La segunda mitad del XIX. Bonanza y crisis. Nuevos Estados liberales

Tras los tumultos de finales de los años 40, en Gran Bretaña y Francia se vivieron 20 años de prosperidad constante, con un auge de la industria y de las posibilidades comerciales notable sancionado por decisiones políticas tendentes a establecer un sistema liberal en lo político y expansivo en lo económico.

La revocación de las Leyes de los Cereales en Gran Bretaña fue un hito en su historia política y económica que merece ser comentado brevemente. Por la parte política, estabilizó el Estado liberal tremendamente al ser votado no por el Partido Conservador de Peel, sino por una alianza parlamentaria donde los liberales y sectores progresistas fueron la columna vertebral y que tenía a los terratenientes y lobbies muy poderosos en contra, dando una sensación de que el Parlamento velaba por los intereses de todos, y no solo de los ricos, además de dejar sin armas a los sectores radicales que utilizaban el argumentario contra las Leyes de los Cereales como ariete parlamentario para ser *radicales* sin serlo demasiado.

Peel, además, consiguió revocar las leyes en un ambiente que daba la impresión de simbolizar el «consenso de hombres sabios» que agradaba a los conservadores en vez de una situación forzada por una revolución, como pasaba siempre en el caso francés. De este modo, la aristocracia terrateniente se vio impelida —o al menos invitada cordialmente— a buscar medios alternativos de buscar riqueza, que resultaron ser la industria y la agricultura tecnificada.

Por el lado económico, la revocación tenía todo el sentido, ya que la necesidad de controlar el masivo superávit de producción de cereales que había en Gran Bretaña como consecuencia del bloqueo continental que Napoleón había impuesto a las islas se había desinflado en los últimos veinte años, y dejaba el camino expedito para la mayor atención económica en sectores más interesantes desde el punto de vista económico.

Finalmente, y lo más importante para los intereses de este escrito, es ver cómo los *whigs* y los *tories*, coaliciones del siglo XVIII, encaraban la nueva situación mundial con una aceptación tácita de la conveniencia del Estado liberal:

Surgió entonces un nuevo tipo de conservadurismo, en sintonía con la normalidad del cambio, que habría de recuperar el poder basándose por entero en el apoyo y los votos del pueblo. Mientras aquellos miembros del Partido Liberal (radicales) que habían deseado asociar a su partido con las clases trabajadoras habían perdido ante quienes estaban más interesados por consolidar la estructura del Estado (Wallerstein, 2016: 159).

Del mismo modo, al otro lado del Canal de la Mancha, Luis Napoleón configuró el Estado francés como una suerte de masa pastelera: normalizó el centro político noqueando a la izquierda con medidas abiertamente represivas primero y reformas progresistas después, como la legalización de los sindicatos y las huelgas en 1864 mientras construía un Estado con un enfoque fuertemente nacional, idiosincrático, y a la vez estable y próspero, volviendo a las masas conservadoras «dándoles algo que conservar» (Zeldin, citado en Wallerstein, 2016: 182), eliminando drásticamente el apoyo social reaccionario al mismo tiempo.

El protagonismo entre 1850 y 1873 fue puramente económico. Fueron estos los años que estandarizaron la imagen decimonónica como la del gran consenso liberal, prosperidad económica basada en el comercio, la industria pesada y la estabilidad

del patrón oro y el imperialismo global. Lentamente, además, nuevos Estados comenzaban a despertar para reforzar esta perspectiva: al final del período, Prusia se alzaría como un coloso en el oriente con Bismark a la cabeza defendiendo un conservadurismo moderado que nada tenía que ver ya con la vieja Santa Alianza y sí, y mucho, con la industrialización y el comercio de corte liberal —incluidos los aranceles convenientes—. Al otro lado del Atlántico, Estados Unidos comenzaba a ser una masa continental con un desarrollo económico primero, y social y político en gestación, que demostraría un potencial inacabable en el último cuarto de siglo y el primero del siguiente.

En esta época en la que el desarrollo económico e industrial constante eran el signo de los tiempos, el concepto del *laissez-faire* cobró un gran protagonismo, pues continuaba siendo algo muy presente en las publicaciones de los teóricos económicos, pero siempre con reservas, puesto que los aranceles y la protección que el Estado británico especialmente brindaba al comercio primero y después a la industria, era algo muy apreciado por los empresarios y comerciantes¹⁰. El libre cambio se volvió una suerte de estándar de opinión que pocos defendían sin reparos, como hemos visto previamente, ya no solo como ineficiente económicamente, sino como injusto, ya que como el mismo Adam Smith había comentado, puede funcionar en contra del interés general aun siendo algo natural (Wallerstein, 2016: 161). Esta conclusión es importante, pues la necesidad que el comercio y la industria tenía de Estados fuertes es muy importante para observar el vínculo entre los grandes capitales y su apoyo al Estado liberal, como una suerte de simbiosis, de cierta dependencia¹¹. A lo largo de la historia, el balance de poder y control sobre esta simbiosis se irá, como veremos, alterando lentamente.

Al final de este ciclo que llega a los años 60, el optimismo económico y la despreocupación de las bancas británicas, y especialmente francesa, para otorgar

¹⁰ «Se discute si el británico fue un «Estado mínimo» o del tipo del *laissez-faire*, defendido por Adam Smith. Siendo menos interventor y burocrático que otros Estados europeos (...) no dejó de practicar intervenciones arancelarias y protectoras de la industria (...). Inglaterra era un país liberal, pero no librecambista» (Suarez-Valdés, 2011: 82).

¹¹ «Hay muchas razones por las que los capitalistas encuentran útiles a los estados fuertes. Una es que les ayudan a acumular capital, una segunda es garantizar ese capital. Pero después de 1848 los capitalistas se dieron cuenta por completo, si acaso no lo habían hecho antes, de que solo el Estado fuerte —es decir, el Estado reformista— podría protegerlos de los vientos del descontento de los trabajadores» (Wallerstein, 2016: 176).

créditos en terceros países que mejoraran su infraestructura y así optimizar el comercio mundial tuvo un frenazo importante. A la vez que Gran Bretaña y Francia llegaban a un punto de máximo rendimiento —lo que incluye un estancamiento— comercial y de poder de intervención internacional, una crisis financiera de amplio espectro se propagó entre estas dos economías, siendo terriblemente aguda en Francia, donde muchos de los bancos de nuevo cuño que había impulsado Luis Napoleón, incluido el mayor, *Crédit Mobilier*, quebraron.

El papel hegemónico de las viejas potencias liberales quedaría aún más en entredicho tras el fracaso de la expedición de Luis Napoleón a México, lo que fue un golpe de desprestigio masivo para el Segundo Imperio. Estados Unidos y Alemania comenzaban a desarrollar músculo a marchas forzadas y a pugnar por entrar en el «club de las grandes naciones», y Gran Bretaña y Francia ya no parecían capaces de impedir el aumento de miembros en tal distinguido club. La tendencia quedó confirmada tras la guerra Franco-Prusiana de 1870-1871, donde Prusia, en plena unificación nacional, arrolló al Segundo Imperio francés y lo hizo colapsar.

El panorama político-económico que vendría después de la caída de Luis Napoleón en Francia cambiaría notablemente, especialmente con la entrada en escena del neonato Segundo Imperio Alemán, su potencia militar e industrial y sus pretensiones coloniales.

La famosa Comuna de París, el enésimo levantamiento popular del país, mostró en los años de la guerra un vigor excepcional; una vez más las condiciones laborales, la pobreza y las necesidades prendieron la mecha, donde los sectores proletarios se vieron apoyados por grandes masas de los trabajadores conocidos como *employés*, con trabajos mucho más limpios, mejor considerados socialmente y con muchas mejores condiciones. Pero esta vez había un elemento nuevo: el patriotismo. La Comuna sostenía que los sectores que habían apoyado al Segundo Imperio eran «provincianos y antipatriotas», y esta estaba determinada a recuperar, y ejercer, el control de la República y a salir victoriosa del conflicto con los alemanes. La Comuna mantuvo una resistencia hercúlea frente a las tropas prusianas, pero finalmente cayó presa de la represión del nuevo gobierno provisional con la aquiescencia y colaboración de los alemanes.

La situación resultante fomentó un imperialismo y un cada vez mayor rechazo a los principios librecambistas de la escuela de Mánchester. La mayor competencia comercial y la pérdida de la hegemonía industrial británica, sumadas a la mayor militarización del continente, sembraron un ambiente propicio para el colonialismo desaforado, que permitía dar salida a la producción en masa en mercados exteriores a las metrópolis y a la vez era una manera fácil y muy rentable de invertir en un ambiente más favorable a bajos tipos de interés que adolecía la metrópolis (Suarez-Valdés, 2011: 140). Incluso filósofos de la talla de John Stuart Mill daban apoyo a la colonización:

«Mientras un pueblo no sea apto para su autogobierno, suele ser preferible para él estar bajo el despotismo de extranjeros que el de los nativos, cuando esos extranjeros están más avanzados en civilización y cultura que ellos mismos» (Mill, citado en Wallerstein, 2016: 196).

El período que va desde el Acta de Reforma en Gran Bretaña de 1867 y el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 fue un tiempo de gran efervescencia, y sobre todo de gran organización, de movimientos obreros y nuevos partidos de corte socialista que entraron a participar en el sistema liberal.

El momento de inicio de esta tendencia se estableció con la Primera Internacional de los Trabajadores, fundada en Londres en 1864. A pesar de que en ella colaboraron los nombres más reputados de toda la historia marxista, el mismo Marx, Engels y Bakunin, entre otros, tuvo una eficacia muy limitada debido a la escasa participación estadounidense y alemana, a la disolución de la Comuna de París y posterior desafección en la propia Gran Bretaña causada por estos contratiempos.

De todas formas, a partir de la década de 1880 la asociación obrera comenzaría a cristalizarse en nuevos sindicatos y partidos a un ritmo casi frenético. La relación entre los sindicatos y los partidos no siempre fue sencilla en los primeros años, ya que aquellos tenían un apego mayor a la actividad laboral *per se* dentro del sistema, mientras que los partidos pretendían tener un rol político conducente a un cambio del sistema. A partir de los 90, sin embargo, los partidos tendieron a controlar a los sindicatos —este era, precisamente, uno de los principios de la Segunda

Internacional de 1889— , y, de esta manera, a moderar su efectividad revolucionaria.¹²

El partido más importante de esta Segunda Internacional sería el SPD alemán, por su representación política y el arraigo social que poseía. La consecuencia de los debates internos y de la legislación impulsada por el káiser Guillermo, fue la tendencia reformista que adquirió el marxismo dentro del Estado liberal, estabilizando de alguna manera —una vez más en la historia—, el Estado por medio del reformismo.

Lo mismo pasó en Francia con los socialistas de la mano de Alexander Millerand, que incluso entró en un gobierno de «concentración republicana» en 1899 que terminó marcando el camino también hacia una «normalidad reformista», sancionada especialmente en las primeras décadas del siglo XX. Las dos grandes huelgas generales de principios de siglo terminaron por mostrar a los socialistas franceses que el camino hacia la Revolución por medio de la huelga general no daría sus frutos (Pierrot, citado en Wallerstein, 2016: 269).

Con esta aceptación paulatina del reformismo como arma para mejorar las condiciones de los trabajadores, los sectores más hacia la izquierda del espectro político terminaron por entrar también dentro de la lógica del Estado liberal, culminando en el voto favorable a la guerra en 1914, con la notable excepción del Partido Bolchevique.

2.4. Consideraciones finales sobre el siglo XIX

El siglo XIX tiene una importancia capital, pues nos muestra tanto la formación de la ideología liberal como la conquista de todo el aparato institucional a base de lidiar con etapas de inestabilidad en Gran Bretaña y revoluciones en Francia. Los conservadores fueron los primeros que vieron que mediante el reformismo era posible controlar y estabilizar a las masas sociales más conflictivas, y estas mismas,

¹² Aunque, precisamente, lo que se conoció como «nuevo sindicalismo» a finales de los 60 y principios de los 70 ya no podía considerarse realmente revolucionario, ni siquiera socialista, aunque aún se oponía a la lógica del capitalismo (Cole, citando en Wallerstein, 2016: 262).

finalmente y tras numerosas revoluciones y huelgas, terminaron entrando en el sistema liberal reformista.

Finalmente, cabe considerar que los liberales partieron de una base ideológica orientada al libre mercado y al anticolonialismo, poniendo el enfoque en el individuo, su igualdad con el resto de ciudadanos y su responsabilidad personal, pero estos postulados se demostraron idealistas; el libre mercado pronto necesitó de aranceles y proteccionismo para medrar, y esto llevó, a su vez, a la necesidad de ampliar los mercados por medio del colonialismo y la paz armada. En cualquier caso, el Estado liberal era ya hegemónico en Europa y Estados Unidos, y continuará su expansión durante el siglo XX, no sin antes encontrar dos batallas muy importantes: la deriva ideológica de los años 30 y la Segunda Guerra Mundial, que terminará por apuntalar el Estado liberal pero mantenerlo amenazado durante el período conocido como Guerra Fría.

3. El siglo XX: apogeo y estancamiento del Estado liberal

3.1. De 1914 a 1945.

La Primera Guerra Mundial fue una disrupción masiva en la estabilidad que había reinado en Europa desde el final de la Guerra Franco Prusiana: un gran nivel de pérdidas humanas (entre 20 y 25 millones de personas, un 7% de la población total europea del momento) y materiales (calculados por algunos expertos en 338.000 millones de dólares), sumados al deterioro radical de las condiciones de vida y a la paralización de inversiones e innovaciones tecnológicas no relacionadas con la carrera armamentística, dejaron a Europa al final del conflicto en unas condiciones muy delicadas.

El desmesurado esfuerzo bélico dejó completamente exhaustas las arcas europeas, que debieron recurrir sin cesar a sus reservas de oro, lo que hizo que al final del conflicto Estados Unidos absorbiera aproximadamente el 44% de las reservas mundiales, proporcionándole una inyección de capitales y una preponderancia que colocaría al país en una excelente posición para ocupar el primer lugar entre las grandes potencias. Consecuencia muy importante fue el dramático

aumento del intervencionismo estatal en la economía y de los aranceles, especialmente en la miríada de nuevos Estados en Europa del Este en una situación económica precaria y la suspensión del patrón oro (Suárez-Valdés, 2011: 160).

Alemania sufrió la peor parte tras la firma del Tratado de Versalles; Francia había agotado sus reservas de oro con la idea de resarcirse tras la guerra lo que, sumado al sentimiento de revancha por la Guerra Franco Prusiana que el conflicto despertó hicieron de la victoria francesa una oportunidad estupenda para estrangular a la Alemania vencida y cargarle todas las culpas del conflicto. Tanto es así que Estados Unidos, dándose cuenta de que las draconianas exigencias francesas corrían el riesgo de ahogar en exceso a Alemania aumentando la inestabilidad, decidió participar aliviando a Alemania mediante la aplicación del Plan Dawes, que reducía las deudas aliadas a cambio de que los aliados redujesen a su vez las alemanas.

En el terreno político la victoria de los aliados otorgó un dominio internacional de las políticas liberales, que rápidamente crearon la primera gran organización internacional con intención de salvaguardar la paz y promover el florecimiento económico: la Sociedad de Naciones (1919). Desafortunadamente, la Sociedad de Naciones nació en un ambiente muy complicado que solo disfrutó de un período de paz y estabilidad en la década de los años 20, siendo súbitamente truncada con la crisis del 29, que trajo de nuevo los fantasmas del conflicto internacional y poniendo en evidencia la falta de efectividad y fuerza de la organización.

Efectivamente, tras una década de optimismo y aumento del nivel industrial y comercial —y financiero, a la postre culpable de la gran debacle económica¹³—, una gravísima crisis azotó el mundo entero, con especial incidencia en Estados Unidos y los países que peor habían salido del primer conflicto mundial; Alemania, por ejemplo, contrajo su PIB casi un 25% y profundizó la carestía de postguerra, estableciendo un excelente caldo de cultivo para la ascensión del nazismo pocos años después.

¹³ Los grandes beneficios empresariales, al reducirse las oportunidades de inversión productiva, acabaron en la bolsa. Estados Unidos, además, rechazó hacer uso de sus reservas de oro para mantener la inflación en niveles bajos mientras adquiría bonos bursátiles, que indirectamente añadían más liquidez al sistema que de nuevo revertía en la bolsa. Esto ocurría simultáneamente con el apogeo de la inversión a crédito, que estimuló enormemente la inversión en bolsa y la especulación, preparando la tormenta perfecta (Suárez-Valdés, 2011: 173).

A pesar de las advertencias ya mencionadas de Malthus sobre eventuales períodos de recesión económica, ningún teórico clásico había hecho una previsión de una crisis a gran escala como la que efectivamente tuvo lugar. Lo que sí se buscaron fueron causas externas a la propia teoría clásica por parte de sus teóricos, incluso se llegó a insinuar que se producían ciclos provocados indirectamente por cambios meteorológicos (Galbraith, 1989: 212) o, más cabalmente, se atribuía al aumento de especulación en el período de bonanza inmediatamente anterior o a la restricción de la oferta monetaria. En coherencia con esta postura, muchos autores, como Joseph Schumpeter o Lionel Robins sugirieron literalmente no tomar ninguna medida y esperar a que todo pasase, siguiendo la teoría clásica de manera completamente ortodoxa. En la misma línea, el famoso *New Deal* que Roosevelt emprendió para reconducir la situación económica fue ridiculizado hasta la náusea, aunque en la realidad los defensores de un intervencionismo estatal para corregir la aguda crisis que estaba teniendo lugar fueron creciendo en número e importancia en las instituciones. En este contexto surgió el último campeón de la doctrina clásica, John Maynard Keynes.

Keynes dio por abolida la Ley de Say¹⁴, pero de manera bastante sutil: sostenía que no hay seguridad alguna de que los beneficios obtenidos con el aumento de la producción fueran reinvertidos, y, si esto era así (si parte de los nuevos beneficios o su totalidad eran ahorrados en vez de reinvertidos), entonces tendrá lugar una reducción de la demanda total de bienes y servicios y, con ello, la producción y el empleo. La reducción continuará hasta que se reduzcan los ahorros al nivel apropiado. Keynes postuló que el ahorro y la inversión deben ser iguales, pero ya no se igualan necesariamente; para que esta igualdad se dé en la práctica puede resultar necesario reducir los ingresos y forzar una reducción del gasto. Por tanto, la situación de equilibrio no asegura el pleno empleo, sino que puede asumir distintos grados de desocupación, lo que se conoce como «equilibrio con subempleo». Esto parece contradictorio con la imagen común sobre Keynes, donde se pretende que el keynesianismo consiste en aumentar el gasto público en períodos de crisis, y es que

¹⁴ «La ley de Say sostiene que la producción de bienes genera una demanda agregada efectiva (es decir, realmente gastada) suficiente para comprar todos los bienes ofrecidos» (Galbraith, 1989: 89).

el economista británico también postuló la necesidad de reducirlo en períodos de bonanza económica.

Otra discordancia de Keynes con respecto a la opinión mayoritaria era que éste no creía que los causantes del desempleo fueran los sindicatos con sus exigencias cada vez mayores. La falacia de esto residía, según el economista británico, en que lo que funciona para un empresario particular no tenía por qué ocurrir con todos: «Si los empresarios en general redujeran los salarios en una situación de desempleo, el flujo de la capacidad adquisitiva, es decir, la demanda efectiva agregada, disminuiría *pari passu* con la reducción de los salarios. Y en ese caso, la contracción de la demanda efectiva incrementaría el desempleo» (Galbraith, 1989: 255).

Todo esto tenía una consecuencia: ya no podría contarse con una solución autorreguladora, pues el equilibrio con subempleo podría resultar persistente y duradero. Tampoco podía contarse con que la reducción de tipos de interés provocara el aumento de la inversión y de los gastos de inversión, porque podía provocar una preferencia por la liquidez. Quedaba un recurso: la intervención del Estado para elevar el nivel de los gastos en inversión mediante la emisión de deuda pública y el aumento de gasto público. A grandes rasgos, eso era lo que Keynes propuso, y lo que hizo tenía por finalidad salvar los únicos obstáculos con los que se encontraba la teoría clásica en aquel momento. Eso fue todo. Es cierto que ponía al Estado como árbitro y garante de la sostenibilidad, pero como hemos visto anteriormente, esto no era nada nuevo. Como expresa Galbraith, «Desde luego que sobrevendría un cambio [con la aplicación de la teoría keynesiana]. Pero en contraste con el que Marx había preconizado y previsto, la proeza de Keynes se cifra en haber dejado tantas cosas como antes [de la “Revolución keynesiana”]» (Galbraith, 1989: 255).

De todo lo dicho parece desgranarse que nada en absoluto había cambiado: llega una crisis y el gobierno pone una solución intervencionista. Sin embargo, Keynes se convirtió en una «estrella del rock» de la doctrina liberal, normalizando su teoría en un ambiente académico donde el librecambismo era el horizonte regulatorio, y así permanecería hasta la década de los 70.

Al mismo tiempo, y por primera vez, el liberalismo en muchos países de Europa entraba en clara recesión frente a movimientos a la derecha del espectro político: En

Europa Oriental, la Guerra Civil Rusa culminará en el establecimiento de la Unión Soviética, que se terminará expandiendo hacia el Báltico y los Balcanes. En Europa Occidental, en fechas tan tempranas como 1922 se produce la conocida como «Marcha sobre Roma» que llevó al poder a Benito Mussolini en Italia. Posteriormente, en 1933 tomará el poder en Alemania Adolf Hitler, marcando el inicio del famoso Tercer Imperio Alemán. Finalmente, en 1939, la Guerra Civil Española culminará con la victoria del bando franquista. El régimen nazi basaba buena parte de su argumentario en el revanchismo tras el tratado de Versalles, y tras 6 años de despegue económico basado en la carrera armamentística, comenzaba una fulgurante invasión a Polonia que daría comienzo a la mayor contienda de la historia de la humanidad, que se extiraría hasta 1945.

3.2. De 1945 a la crisis de los 70.

La derrota en los campos de batalla de los regímenes fascistas a manos de los aliados no hizo desaparecer la amenaza mortal para el equilibrio liberal: la presión que ejercían los socialismos de la Europa del Este influyeron notablemente en la reestructuración económica de la Europa Occidental, donde el Estado comenzó a ganar competencias reguladoras a pasos agigantados, en parte debido a que era una creencia generalizada (y así lo plasmó George Marshall, secretario de Estado de los Estados Unidos, en el informe que dio lugar al célebre «Programa Europeo de Recuperación» o «Plan Marshall») que la pobreza extrema era el caldo de cultivo ideal para la propagación del comunismo que había que evitar a toda costa. Esta preocupación obligó a las democracias de Europa Occidental a implementar programas de protección social de amplio espectro. En aquéllos años surgieron obras como la de Arthur C. Pigou -sucesor de Alfred Marshall en su cátedra de Cambridge, *The Economics of Welfare*, y otros economistas de cuño liberal que continuaron la senda de Keynes de introducir la larva redistribucionista en el pensamiento de libre mercado (Galbraith, 1989: 231) que había comenzado en el siglo XIX en Alemania durante la regencia de Otto von Bismark y posteriormente en el Reino Unido a principios del siglo XX con las leyes de establecimiento de seguros de enfermedad,

invalidez y jubilación; medidas éstas que quedaron en un segundo plano debido a la extrema turbulencia de la situación político-bélica de la primera mitad de siglo.

Unido al apoyo económico materializado en el Plan Marshal, los Estados Unidos pusieron en marcha una serie de planes conducentes a conseguir acuerdos internacionales que estabilizaran el ambiente económico y político a nivel mundial de una manera efectiva y coordinada. En Nueva Hampshire se dieron lugar los Acuerdos de Bretton Woods, donde, entre muchas otras medidas económicas y el establecimiento del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, se establecía un doble estándar económico, el patrón oro-dólar, que ofrecía a la vez disciplina (pues había una tasa de cambio fija) con flexibilidad (ya que no era necesario disponer de reservas de oro o utilizarlas siempre que fuera necesaria una expansión de capital). Bretton Woods era toda una declaración de intenciones liberal:

«Bretton Woods reconocía la importancia de dos objetivos económicos nacionales (crecimiento, pleno empleo), pero condenaba y excluía que los mismos se cumpliesen a costa de manipulaciones autónomas de los tipos de cambio. El sistema monetario internacional se dotaba así de certidumbre y estabilidad» (Suárez-Valdés, 2011: 204).

Bretton Woods fue seguida por numerosos acuerdos económicos y políticos internacionales: Convención de Ginebra, Comunidad Europea del Carbón y el Acero, etc., y militar: Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), para conjurar el peligro soviético al otro lado del Telón de Acero, mientras en la URSS se firmaba el Plan Molotov, el Kominform y, posteriormente, el Plan de Varsovia, réplicas socialistas de las versiones liberales occidentales.

Las organizaciones económicas internacionales creadas en el ambiente de armonización liberal después de la Segunda Guerra Mundial daban una sensación de seguridad en la competición y de entrecruzamiento de intereses que supondrían una salvaguarda contra los conflictos entre las potencias firmantes, además de colaborar en el desarrollo de los países que más lo necesitaban por medio de un arbitraje imparcial y una inyección de fondos en caso de ser necesaria.

El modelo funcionó muy bien durante el crecimiento sin precedentes del bienestar que acompañó el *baby boom* de los años 50. Las economías occidentales crecían a gran ritmo —y la Unión Soviética, que en la década de 1950 a 1960 tuvo un

crecimiento medio del 5,8% anual (García Voltá, 1995: 98)—. Las perspectivas durante los procesos de descolonización en África eran también muy buenas y existían numerosos planes para el desarrollo de las nuevas naciones. También el gigante chino, mediante el desarrollo de la ideología de Marx en el campo de la economía, inició su llamado «Gran Salto Adelante», que a la postre no fue tan «salto» ni tan «hacia adelante»: la inversión en industria resultó poco eficaz por la baja cualificación del personal industrial y la mala organización global, lo que, unido a unas cosechas poco afortunadas en la segunda mitad de los años 50 y la primera de los 60, y la ruptura chino/soviética, terminaron de aislar a China durante una década, tras la cual otro intento de retomar las vías estalinistas fue frustrada en la década de los 70 (García Voltá, 1998: 178).

En el ambiente de optimismo y crecimiento general experimentado en todo el mundo occidental, las contradicciones vistas durante décadas anteriores de la filosofía liberal quedaron arrolladas por la ola de progreso. El ideal liberal de un hombre blanco alcanzando el éxito en la vida por medio de su duro trabajo y su responsabilidad personal y formando una familia en la que sus hijos seguirían el mismo camino de su padre —si eran varones; en el caso de nacer mujeres, su destino sería emular la oportuna disposición de su madre de hacerse cargo de los niños y mantener la casa limpia y la comida apetitosa—, se convertiría en hegemónico. Esto, como es esperable, generó pronto problemas de muy amplio espectro (¿por qué las mujeres que colaboraron activamente al esfuerzo industrial cuando los varones estaban en el frente ahora debían maravillarse de poder usar una lavadora y no podían seguir formando parte del tejido industrial? ¿Por qué los negros y las minorías no podían aspirar al mismo *sueño americano* que los ciudadanos blancos y debían conformarse con asumir su *lugar natural* en la sociedad?).

Estos problemas no eran en absoluto nuevos (el tema de la ciudadanía fue el *leit motiv* de mucha inestabilidad social en el siglo anterior, y el feminismo también era una aspiración latente, especialmente en los Estados Unidos), pero emergerían con más fuerza que nunca antes en la conflictiva década de los 70, cuando el progreso sin fin comenzaba a ser idea del pasado.

3.3. Nacimiento y consolidación del neoliberalismo

Cuando analizábamos el siglo XIX de un modo somero debíamos centrarnos en los acontecimientos en Francia y Gran Bretaña, y en menor medida en Alemania y Estados Unidos; estos Estados ejercían una suerte de proselitismo liberal, pero no por simple interés en «propagar la nueva fe», sino, evidentemente, porque imponer en naciones extranjeras los modelos que funcionan a nivel doméstico entraña una serie de ventajas indudables, la primera de ellas la influencia directa en la política.

Del mismo modo que Gran Bretaña participaba en crisis internacionales y hacía valer su peso de *primus inter pares* entre las grandes potencias, en el siglo XX este lugar le perteneció, en el mundo liberal, a los Estados Unidos. El Plan Marshall y las determinaciones de Bretton Woods, muy especialmente la referente al patrón oro-dólar, ponían a la nación americana en una posición de control del resto de las potencias occidentales a un nivel nunca antes experimentado en la historia.

La polarización entre la esfera de influencia estadounidense y la soviética posicionó a los Estados Unidos como garante y director del orden mundial: poseía el mayor músculo militar de todo el bloque y actuaba como cabeza de la OTAN, a la vez que la Reserva Federal controlaba el valor del dinero, lo que le daba un control casi total sobre la economía del llamado «bloque occidental». Esta posición era ejercida con la aquiescencia del resto de naciones, temerosas de que las disensiones pudieran empoderar al bloque socialista que aguardaba amenazante al otro lado del Telón de Acero.

Los primeros años de la década de los 70, sin embargo, comenzaron a mostrar un cambio de tendencia en la prosperidad iniciada con el final de la Segunda Guerra Mundial, y el «líder del mundo libre» comenzó a tomar algunas determinaciones políticas y económicas para tratar de mantener el *status quo* que nos recuerdan a la situación de los años 70 —precisamente— del siglo anterior, cuando Gran Bretaña, por la situación mundial, comenzaba a observar una debilidad en su poder *blando* y a tener que intervenir, cada vez con más frecuencia y de una forma más directa, en el «estado natural de las cosas». El contexto esta vez era el final de una «edad de oro»:

Las tasas anuales de crecimiento del PIB pasaron de valores medios del 5% en los años sesenta a otros del 3,5% en los setenta (...) Además, se trataba de un crecimiento menos estable, con tendencia al desempleo crónico, con caídas en la productividad, en los beneficios empresariales, y con una inflación omnipresente que alcanzaba niveles que duplicaban los de los años sesenta y que solo hallaban paralelo en los años veinte (Suárez-Valdés, 2011: 222).

Los Estados Unidos, en particular, estaban perdiendo uno de los pilares de su hegemonía: el patrón oro-dólar. El progreso competitivo alemán y japonés y el gasto militar creciente de Estados Unidos hicieron muy inestable al dólar, que comenzó a perder valor de manera constante para ajustar las balanzas comerciales estadounidenses, lo que afectaba a todas las economías que se regían por el valor de su moneda. Richard Nixon, con las elecciones muy próximas y no queriendo subir los tipos de interés por el impacto electoral que esto podía conllevar, decidió hacer un movimiento radical y el 15 de agosto de 1971 los Estados Unidos suspendieron la convertibilidad tras 30 años de vigencia (Suárez-Valdés, 2011: 223).

A partir de este momento, las economías occidentales comenzaron una carrera contra la inflación galopante que marcaría en buena medida todo el período posterior. Las turbulencias mencionadas se agudizaron con las crisis del petróleo de 1973 y 1979. La respuesta de los gobiernos occidentales fue tratar de mantener los niveles de producción industrial y de nivel de vida público recurriendo al endeudamiento y a los subsidios a los sectores más afectados por la aguda subida del precio del petróleo. Estas medidas provocaron inmediatamente un marcado aumento del déficit público, que era conjurado gracias a la cada vez mayor globalización financiera, marcada por la interconexión de los mercados bursátiles y la mimetización de las medidas económicas en todos los países de la OCDE¹⁵.

El ambiente intelectual también conocía por estas fechas una nueva tendencia hacia el rechazo del keynesianismo, que tras los problemas de los años 70 ya

¹⁵ Estados Unidos comenzó ya en este momento a preparar el terreno para lo que sería una prolífica tendencia a la intervención internacional, tanto *manu militari* como fomentando la inestabilidad: «Sabemos ahora por informes de inteligencia británicos que los Estados Unidos estaban preparándose activamente para invadir esos países [los miembros de la OPEP, productores de petróleo] para restituir el flujo de petróleo y provocar una bajada de precios] (Harvey, 2007: 27, traducción propia). El tiempo de la aceptación tácita del *status quo* tras la Segunda Guerra Mundial estaba pasando a ser el tiempo de la coerción y el «juego sucio», y Estados Unidos, como adalid del *mundo libre*, tenía el dudoso honor de ser el principal responsable de tales maniobras.

comenzaba a verse como obsoleto. La Sociedad del Monte Pelerin nació en fechas tan tempranas como 1971, aglutinando a nombres tan potentes del panorama intelectual como Ludvig von Mises, Milton Friedman o incluso Karl Popper, entroncando, según ellos mismos, con los «principios de la economía clásica de la segunda mitad del siglo XIX» (Harvey, 2007; 20). Estos principios sostenían una oposición radical a la intervención estatal en las cuestiones económicas, defendiendo a ultranza la *mano invisible* que regula la economía con mucha mayor efectividad que las decisiones políticas.¹⁶ La concesión del Premio Nobel de Economía a Hayek en 1974 y a Friedman en 1976 dio un soporte formidable a la visión del mundo económico postkeynesiana; tanto es así que para 1990 la mayoría de departamentos de Economía en las universidades más importantes y en las escuelas de negocios estaban dominados por modos de pensamiento neoliberales, al gusto de la Sociedad del Monte Pelerin (Harvey, 2007: 54).

La situación de necesidad de ajustes que se dio a partir de los años 80 ocurrió en paralelo con otro fenómeno económico importante: el apogeo de nuevas industrias y la mayor sinergia, estandarización e internacionalización económica (reducción de costes de transacción, economías a escala, transferencia tecnológica) y la proliferación de tratados comerciales internacionales —Tratado de la Unión Europea, Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), Mercosur, y la creación de la Organización Mundial de Comercio (OMC) tras la caída de la Unión Soviética en 1991 como paso final en la construcción de un mercado global) — (Suárez-Valdés, 2011: 240). Todos estos factores son muy importantes para entender como el mundo, especialmente desde los años 80, ha conocido unos procesos muy acelerados de deslocalización e internacionalización en la producción de las empresas, en parte responsable de la gran transformación china de las últimas décadas.

Pero si hay algo que simbolice el espíritu de los tiempos es el giro financiero que ha conquistado por completo la actividad económica. El origen de esta tendencia es la pérdida de competitividad en la producción de las economías occidentales a favor

¹⁶ «Las decisiones estatales, argumentaban, estaban condenadas a ser políticamente manipuladas dependiendo de la fuerza de los grupos de interés envueltos en ellas (como sindicatos, grupos de defensa del medio ambiente o lobbies comerciales). Las decisiones del Estado con relación a la acumulación de capital estaban condenadas a ser erróneas debido a que la información disponible para el Estado no podía rivalizar con las señales del mercado» (Harvey, 2007: 21, traducción propia).

de los nuevos actores asiáticos, especialmente China, que ofrecen condiciones más atractivas a las empresas para emplazar sectores enteros, especialmente las más intensivas en mano de obra. Al relocalizar de forma segmentada sectores de producción, muchos de ellos con mucho valor añadido, se extrae de los países ricos una fuente de empleos bien pagados y estables, por lo que los gobiernos deben encontrar una manera de impulsar la economía y mantener el nivel de vida que compense esa pérdida de masa productiva. La nueva hegemonía de la ideología neoliberal conducente a eliminar escollos legales para el funcionamiento del mercado ha provocado un auge sin precedentes en los movimientos especulativos que, por su propia naturaleza, han provocado una inestabilidad y una incidencia de crisis nunca antes vista. (Suárez-Valdés, 2011: 245)¹⁷ Estas crisis, además, se volvieron por naturaleza altamente contagiosas, afectando a economías combinadas en peligrosas epidemias.¹⁸

Esta dependencia del sector financiero en la economía se volvió rápidamente algo ubicuo y cada vez con más protagonismo en los países ricos. Estados Unidos encontró una forma de sacar rentabilidad en el mercado financiero utilizando su preeminencia entre las naciones: los préstamos a países —especialmente a aquellos en vías de desarrollo— por parte de Estados Unidos se convirtieron en una práctica común, y esta práctica trajo consigo algunas consecuencias lógicas, como las quiebras económicas de los prestatarios. Ejemplos de esto fueron México entre 1982 y 1984 y Corea del Sur y Argentina a finales de los años 90 (Harvey, 2007: 36). En medio de este escenario de crisis agudas organismos como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial ganaron una importancia decisiva como abogados del libre comercio y del no intervencionismo por parte de los gobiernos, a la vez que participaban en la reestructuración político-económica de los gobiernos que incurrían en bancarrotas¹⁹, llegando al punto de que en 1984, el Banco Mundial otorgó al arruinado México un préstamo a cambio del compromiso de llevar a cabo reformas

¹⁷ Y no solo crisis nacionales, la desregularización a nivel internacional ha agudizado y hecho crónicas las crisis internacionales.

¹⁸ «Las crisis financieras eran tanto endémicas como contagiosas (...) La «crisis del tequila» que golpeó a México en 1995, por ejemplo, se expandió casi inmediatamente, con efectos devastadores en Brasil y Argentina. Pero sus reverberaciones se sintieron también en cierto grado en Chile, Filipinas, Tailandia y Polonia» (Harvey, 2007: 94, traducción propia).

¹⁹ Esto es, exportando el modelo económico, facilitando a su vez más crisis epidémicas.

estructurales destinadas a la reestructuración hacia un modelo más liberal de su economía.

Es obvio que, en la medida en que los Estados asumen deudas y hacen préstamos, están comprometiendo su economía de manera bastante evidente, condicionando, en el caso de que sus aventuras económicas no lleguen a buen puerto, el futuro legal y hasta institucional de sus naciones en lo referente a la economía. Resulta también chocante que instituciones que abogan por el libre mercado al más puro estilo clásico sean las que impongan medidas del tipo que sea a los Estados, que acostumbran a ser los enemigos del neoliberal. De este modo, toda la economía entre particulares y empresas (campo de estudio de la microeconomía), queda definitivamente condicionada por las actuaciones económicas estatales y la coyuntura que éstas presentan (campo de estudio clásico macroeconómico).

Hemos dicho que las instituciones de Estados Unidos abogan por el liberalismo, pero hemos de explicar ahora cómo se produjo ese cambio en la política conducente a la eliminación del keynesianismo y la aplicación efectiva del neoliberalismo. Ya hemos adelantado que las crisis del petróleo y la volatilidad del dólar marcaron la tendencia hacia las medidas económicas neoliberales, y una vez el dólar se vio libre del constreñimiento de su convertibilidad con el oro, la Reserva Federal estadounidense tuvo una poderosa arma de especulación en sus manos. Paul Volcker, presidente de la entidad en 1979, juzgó que la crisis de estancamiento económico e inflación de los años 70 era algo que debía ser cortado de raíz, y decidió aplicar lo que ha pasado a la historia como el «Volcker shock», un paquete de medidas conducentes a dominar la inflación sin importar su coste. Y ese coste fue alto. La tasa de interés del dólar subió de la noche a la mañana hasta alcanzar casi el 20%, lo que provocó una avalancha de consecuencias nefastas para muchos negocios, y, por tanto, para muchos puestos de trabajo (Harvey, 2007: 23).

Poco tiempo después Ronald Reagan llegó a la presidencia y vio con buenos ojos esta tendencia al control de la inflación, dejando el terreno expedito para la neoliberalización de las instituciones. En paralelo Margaret Thatcher asumía la presidencia en Reino Unido tras una década convulsa que debilitó a los laboristas y le otorgó una posición de excepción para laminar muchas de las políticas que habían sido tendencia los 40 años anteriores.

En Estados Unidos las políticas neoliberales encontraron otro gran aliado circunstancial. El Partido Republicano estadounidense arrancó en este momento su tendencia al acercamiento a los sectores más conservadores de la sociedad para ensanchar su fuerza electoral, culpando a los liberales de los desastres de la crisis por su irresponsabilidad económica mientras recibían el apoyo económico de grandes élites financieras, especialmente a partir de 1976, cuando la Corte Suprema estadounidense permitió aportaciones económicas ilimitadas de las corporaciones a los partidos políticos acogiéndose a la Primera Enmienda de la Constitución (Harvey, 2007: 49). Fue en este momento cuando el término *liberal* —en sus términos despectivos— fue asociado al Partido Demócrata, gracias al análisis económico que sectores conservadores capitaneados por Irving Kristol y Norman Podhoretz hacían, responsabilizando de la crisis a la llamada «élite liberal», que asimilaban a los líderes demócratas.

Una vez puesta en funcionamiento la maquinaria neoliberal fue imparable. La *financionalización* de toda la economía era ya irreversible, y los partidos progresistas se vieron obligados a comulgar con esta tendencia si no querían hacer reformas radicales y tremendamente inciertas que seguramente hubieran supuesto un suicidio electoral. La cada vez mayor libertad del sector financiero y su internacionalización permitieron que este creciera desproporcionadamente, causando crisis aquí y allá cuando la confianza renqueaba, pero siguiendo adelante con ritmo estable²⁰. A principios del nuevo siglo, sin embargo, una crisis mucho más aguda que las demás podrá en entredicho muchos de los mecanismos que se consideraban naturales hasta el momento.

3.4. Contradicciones y malestar

Los últimos 30 años mostraron un vigor excepcional en la lucha contra lo que Miranda Fricker llamó «injusticia epistémica», esto es, «situaciones donde los términos de los discursos dominantes de una sociedad pueden contener ciertos modos de hablar (y, por tanto, modos socialmente aceptados de conocer) que reflejan

²⁰ Superando, incluso, la llamada crisis de las punto-com en los albores del siglo. Como veremos, la superación de esta burbuja vino marcada por el nacimiento de otra que sería mucho más potente.

y contribuyen a desventajas injustas hacia ciertos grupos» (Christman, 2017: 26, traducción propia). Así, han aparecido numerosísimos términos que describen situaciones vistas como abusivas por ciertos sectores sociales y que antes no tenían nombre, y, por tanto, no existían.

La premisa liberal de igualdad radical de todas las personas para labrar sus propias decisiones y modos de vida ha sido contestado desde numerosos puntos de vista por personas que no ven fácil construir una vida en la que lo único que lleve al éxito o al fracaso sean las decisiones personales, pues hay muchos condicionantes a tener en cuenta (etnia, nacionalidad, condiciones sociales adversas...) que tienen problemas para conciliarse con la simplicidad en términos sociales mantenida por héroes liberales como John Stuart Mill.

El siglo XX no fue el primer momento en el que voces discordantes con la sociedad se hicieron oír —la lucha feminista y contra el racismo en el siglo XIX tuvo una fuerza notable—, pero la ciencia decimonónica hizo un flaco favor a sus reivindicaciones, ya que fijaba las diferencias no como un asunto de moralidad o cultura, como en los siglos anteriores se había tendido a pensar, sino como algo natural, como diferencias que como mucho podían corregirse, pero que en el fondo eran insalvables.

El siglo XX, no obstante, fue testigo de muchas más reivindicaciones, como la marcha sobre Washington capitaneada por Martin Luther King, el movimiento hippie o la lucha de las varias generaciones feministas. Por medio del reformismo, al más puro estilo decimonónico, se fueron dando satisfacción a algunas de las demandas de estos grupos, pero según nos acercamos al final del siglo da la impresión de que hay cada vez más sectores minoritarios en liza y una necesidad por ampliar las maneras de identificarse en sociedad y cumplir un proyecto vital propio. En el siglo que marca la hegemonía liberal incontestada, especialmente tras la caída de la URSS en la última década, es menester investigar si todas estas demandas son compatibles con el proyecto liberal o si suponen otra de las batallas que este debe enfrentar, y cómo puede hacer tal cosa.

3.4.1. Justicia redistributiva

En teoría, las posiciones neoliberales defendían la no interferencia política en el mercado, al menos los que siguieran una ética utilitarista, ya que el libre funcionamiento del mercado debería garantizar un equilibrio óptimo en términos paretianos²¹. Esto es, en cualquier caso, muy problemático, ya que, sin considerar ninguna cuestión ética, aún requeriría de un mercado ideal donde los agentes contaran con información completa y no hubiera ningún factor externo influenciando el sistema. Y con *factores externos* no nos referimos a políticas de un determinado sesgo sino a una miríada de cosas: cambio climático, polución ambiental, escasez y destrucción sistemática de recursos naturales, etc.

Aplicado a la justicia distributiva, el utilitarismo tiene un grave problema, y es la falta de filtros que garanticen un equilibrio del sistema, y lo apuesta todo a que el dinero da una cantidad de utilidad —o felicidad, para usar términos más familiares—, sin darse cuenta de que la misma cantidad de dinero no aporta la misma felicidad a una persona que sobrevive con unos pocos cientos de euros al mes que al dueño de una multinacional que ingresa cientos de miles cada mes. Así, la *felicidad general* necesitaría de algún tipo de herramienta para analizar y solucionar este problema.

Un análisis algo más afinado puede encontrarse en John Rawls, probablemente el mayor exponente del liberalismo filosófico del siglo XX. Su concepto de *posición original* posee un extraordinario atractivo. Según el filósofo norteamericano, si nos encontrásemos en una posición en la que aún no hemos entrado a formar parte de ninguna sociedad, y nuestra posición en la misma estuviera oculta detrás de un grueso telón que no nos permitiera ver absolutamente nada de lo que nos espera, las decisiones sobre cómo la sociedad donde estamos a punto de entrar sería dependerían enteramente de la racionalidad y tenderían a ser justas. Así, si seguimos el *Principio de la Diferencia* rawlsiano, que requiere tener acceso a las mismas oportunidades y derechos para todo individuo, las decisiones que se tomarán para

²¹ Siguiendo el concepto de eficiencia creado por Vilfredo Pareto, una situación es mejor a otra si para una sociedad puede conseguirse, al menos para un individuo, una situación mejor a la que tenía sin perjudicar a ningún otro individuo, siendo una situación óptima la que no puede ser mejorada bajo estos presupuestos.

estructurar la sociedad garantizarán la posibilidad de los mejores dotados de florecer mientras que protegerían a los menos afortunados en el reparto de dones naturales —contando que las dificultades que pudieran encontrar estos sectores por su pertenencia a ciertos estratos sociales habrían sido corregidos también en la planificación racional²²—. Permitir diferencias y desigualdades, entonces, sería perfectamente racional si estas no contribuyeran a la peor situación de ningún miembro o colectivo social (Rawls, 1999: 135). La crítica más fuerte a esta concepción quizá sea, precisamente, que es un aparato teórico con mucho atractivo y fuerza, pero que difícilmente puede servirnos como guía para mejorar nuestra sociedad ya que no supone un análisis de ella.

El problema de cómo compensamos a quien ha sido dotado con menos cualidades naturales para triunfar en sociedad y perseguir su legítimo derecho a llevar una vida conforme a sus propios deseos. Se ha escrito mucho sobre este tema, pero algunas de las visiones más interesantes son las de Richard Dworkin, que mantiene muy claramente que este modelo debe cubrir las dificultades de los más desafortunados pero permitiendo que el éxito alcanzado —o el fracaso sufrido— dependan de la responsabilidad del individuo (Christman, 2017: 100). Amartya Sen, otro importantísimo filósofo, mantiene que este principio puede ser mantenido si el sistema garantiza lo que él llama *capacidades básicas* de un individuo: alimentación adecuada, movilidad, condiciones de respeto a uno mismo, habilidad para tomar parte en la comunidad a la que uno pertenece, etc. (Christman, 2017: 101, traducción propia).

Algunos campeones del neoliberalismo han concedido también que algún tipo de apoyo debe ser prestado para que las personas puedan perseguir sus propios proyectos. Milton y Rose Friedman, en su obra *Libertad de elegir* mantienen que podría ser buena idea implementar una suerte de *impuesto negativo* que apoye económicamente a personas de bajos ingresos hasta que sean capaces de tener un nivel mínimo, lo que permitiría que tuvieran unas posibilidades mayores de competir con otros (Friedman, 1983).

²² Cosas como tener garantizados derechos y libertades básicos, libertad de movimiento y ocupación, las mismas posibilidades para poder pasar a ocupar cargos públicos y responsabilidades sociales y gozar de respeto social, lo que Rawls llama los bienes sociales primarios (Rawls, 1999:79).

La preocupación por un mejor reparto de la riqueza vivió un momento álgido después de la Segunda Guerra Mundial, aunque las crisis que comenzaron en los años 70 causaron grandes perjuicios a nivel mundial y en muchas ocasiones, haciendo que los gobiernos tuvieran muchas veces que prestar atención a estabilizar la economía y aplicar medidas de austeridad que tendieron a socavar los cimientos de muchos de los planes de política social concebidos para lograr los objetivos descritos. Vemos en estos autores, de todos modos, que rápidamente cualquier discusión sobre una situación social justa envuelve más problemas que únicamente un equitativo reparto de bienes y riqueza, debe también garantizar el respeto social y la capacidad de tomar parte en la sociedad en la que uno está inmerso, es, en mi opinión, en estos campos donde el sistema liberal enfrenta más dificultades.

3.4.2. El problema de la(s) diversidad(es)

El liberalismo clásico decimonónico ha tendido siempre a colocar la justicia por encima de cualquier otra consideración. Mill expresa claramente que las opiniones individuales son falibles y altamente subjetivas, y que por ello, pese a que debemos perseguir con todas nuestras fuerzas las elecciones que nosotros mismos hagamos, debemos blindar la justicia por medio de las instituciones de modo que esta respete este legítimo derecho de las personas de perseguir sus propios fines, pero no impregnándose de lo que una comunidad en concreto decide como bien.²³

Mill se movía en una sociedad colonial y con una diversidad relativa, muy acotada a un abanico de posturas morales hasta cierto punto compatibles entre sí. Esta postura, sin embargo, encuentra numerosas dificultades al ser aplicada a los tiempos modernos, donde la diversidad es algo constitutivo de las sociedades, aunque algunos puntos de vista todavía tienen preeminencia sobre otros por cuestiones históricas y demográficas. Resulta difícil que algunos sectores de la sociedad, fuertemente comprometidos con posturas ideológicas o religiosas que tienen una visión muy clara de lo que supone el bien, acepten sin más este relativismo, incluso dentro de la misma vena liberal clásica encontramos el reto

²³ De todos modos, el mismo Mill dice que mediante la educación podemos «inculcar en ellas [las personas] un sentimiento de obligación absoluta para con el bien universal» (Mill, 1983: 78).

perfeccionista, que sostiene que no deberíamos conformarnos con dejar que cada individuo persiga su propio bien, sino que, si hay un bien discernible —e incluso el propio Mill, como hemos insinuado, tenía una idea de lo que esto pudiera ser— es de justicia que las instituciones colaboren en todo lo posible con los ciudadanos para permitirles alcanzar ese bien.

El mismo Rawls, un siglo después de Mill, se enfrenta a las mismas acusaciones de este de tener poca sensibilidad hacia los distintos posicionamientos sociales que causan diferentes posturas hacia lo que es el bien y cómo debe ese bien perseguirse. Rawls se defiende diciendo que en una sociedad plural los elementos de diálogo público que den demasiada importancia a concepciones particulares del bien deben ser puestas entre paréntesis en el debate, en el que deben primar los elementos racionales que todas las personas pueden compartir. Deben alcanzarse unos principios compartidos «basados en cimientos morales» (Rawls, 1993:147), que no pueden ser abandonados en ningún momento, por mucho que una postura particular pueda ser mayoritaria. El problema de esta postura, de nuevo, es que el diálogo en la sociedad contemporánea debe conseguirse mediante el debate sobre elementos tradicionales fuertemente arraigados en grupos humanos que no ven con igualdad de importancia, objetividad e incluso conveniencia, ni siquiera para un debate racional, los cimientos morales rawlsianos.

Jürgen Habermas trata de atajar esta problemática sosteniendo que la validez de esos principios no obedece a ninguna objetividad natural, sino que los principios están inmersos lingüísticamente en los argumentos dados en pos del bien, sea este el que sea:

«La comunicación interpersonal que no es meramente expresiva (como en las representaciones artísticas) o puramente estratégica (tratar de que alguien haga algo independientemente de si esa persona está o no de acuerdo con la razón para hacerlo), generalmente incluye ciertas presuposiciones acerca de la validez de los argumentos establecidos y la sinceridad de los que los sostienen, entre otras cosas» (Habermas, citado en Christman, 2107: 131, traducción propia).

Habermas continúa diciendo que los principios de justicia están inextricablemente ligados a las instituciones democráticas, y, por tanto, son los que

tienen ese carácter universalizable que no se puede extrapolar a los bienes particulares de cada individuo. Es mediante el diálogo y la discusión como su validez es establecida. Este intento habermasiano precisa de una visión de democracia fuerte, donde los ciudadanos participan activamente en el modelado y el fortalecimiento de los principios democráticos que choca en buena medida con la apatía política y el desdén que grandes sectores sociales muestran hacia la pluralidad, viéndola, como veremos pronto, como una amenaza que combatir más que como un elemento cuyos principios deben ser añadidos al debate político.

Otro de los grandes problemas del liberalismo tiene que ver con hasta qué punto la justicia ha de preocuparse de la historia y las dinámicas heredadas que causan situaciones de injusticia tan arraigadas en nuestra sociedad que en ocasiones son incluso difíciles de identificar a simple vista. El tema de la identificación étnica y racial es muy relevante en este punto, ya que la filosofía liberal, por la relativa homogeneidad racial entre los ciudadanos de la Europa decimonónica,²⁴ no contemplaba este asunto.

Precisamente la exclusión sistemática y el confinamiento de numerosos grupos étnicos hicieron que estos desarrollaran una concepción de la comunidad muy diferente a la liberal, y que su estructura ideológica y social no siempre case con esos principios. Pero además, el tema más complejo es que las injusticias heredadas del pasado y convertidas en prejuicios y demás elementos diferenciadores en la sociedad son difícilmente abordables por las instituciones políticas ya que constituyen un terreno de la sociología y las costumbres más que puramente legal. A menudo las instituciones han tratado de actuar en este sentido con leyes favorables a la mayor inclusión y respeto por las minorías, en muchas ocasiones encontrando una obstinada resistencia entre sectores conservadores, que ven en esto una descarada violación de los propios principios liberales de no tomar partido por ninguna posición concreta. Las posturas rawlsianas tampoco añaden nada a este asunto, ya que su teoría es una idealización que no tiene en cuenta el pasado y las *injusticias sacralizadas* por la historia.

²⁴ La ciudadanía es un tema que reviste un interés formidable, por cuanto la Revolución Francesa, al proclamar la libertad de todos los ciudadanos, puso el foco precisamente en quién pertenecía a esa clase y quién no, y buena parte de las reformas políticas que liberaron tensión social fueron las conducentes a aumentar el acceso a la condición de ciudadanos.

El feminismo y el respeto a la libertad sexual es otro de los aspectos más espinosos a los que el liberalismo debe enfrentarse. Aunque comparte muchas de las denuncias raciales, como la violencia hacia el colectivo o los menores salarios que sistemáticamente reciben comparados con los de los varones blancos, tiene muchos matices propios, como por ejemplo las expectativas de deseo y crianza de niños o la sexualización habitual de los roles sociales de las mujeres, además de la presuposición del género de los individuos por su apariencia física, entre otros. Los derechos naturales a los que los liberales a menudo aluden incluyen cuestiones como la propiedad o la integridad física y moral en general, pero se mantienen completamente neutrales hacia los derechos reproductivos o las cuestiones puramente concernientes a las mujeres u otros colectivos en relación a su sexo.

Al igual que en el caso del racismo, hay un componente muy importante que no puede ser abordado simplemente desde un punto de vista legal, ya que muchas legislaciones que se han desarrollado para tratar de proteger a las mujeres —como por ejemplo las relativas al permiso de maternidad— están basadas en una determinada concepción sobre el género y contribuyen a su fijación en sociedad en vez de colaborar al mayor entendimiento de la dinámica de género y escuchar a las propias mujeres.

La lucha feminista tiene una larguísima historia en la que numerosas personalidades han dado voz a incontables problemas y formulado muchas reivindicaciones que sería imposible cubrir en tan breve espacio como el que disponemos, sin embargo, hay algunos temas que pueden reseñarse como los más en pugna en los años finales del siglo XX. Uno de ellos es precisamente el rechazo a la igualdad entre géneros debido a la completa ignorancia que este concepto tiene de los problemas particulares a los que las mujeres se enfrentan a la hora de llevar a cabo un proyecto vital; si las mujeres tienen unos roles sociales que las constriñen y las fuerzan a tomar ciertos hábitos de vida, además de soportar menores salarios y diversos tipos de violencia, entonces estamos contemplando un escenario que viola claramente los principios liberales de desarrollar una vida según nuestros propios deseos y proyectos con la única limitación de estar en la obligación de respetar a los demás. El mismo concepto de autonomía, clave en la tradición liberal, no es visto como algo deseable para todas las feministas. Algunas feministas creen que el

concepto de autonomía liberal es un ideal masculino o que éste no es el foco de injusticias dentro del sistema patriarcal (Christman, 2017: 188).

Otro de los puntos fundamentales de la crítica feminista con respecto a la ética liberal es el concepto de público y privado. La tradición liberal siempre ha teorizado sobre el espacio público, la sociedad en la que los individuos viven, considerando que el aspecto privado es sagrado y nada debe decirse acerca de cómo viven las personas en la intimidad y cómo desarrollan su vida en pareja, ya que se presupone que si dos personas comparten su vida lo hacen voluntariamente y conforme a unos acuerdos bilaterales que ambos encuentran convenientes. Pero precisamente muchos de los prejuicios contra las mujeres que fundamentan prácticas discriminatorias tienen origen en el hogar, y mantenerse por completo imparcial acerca de las prácticas sexistas que ocurren en la vida marital constituye una injusticia.

Continuando con lo que antes mencionábamos, algunas autoras feministas, como Carol Gilligan, han hablado de algunas diferencias entre hombres y mujeres, conformadas durante siglos y siglos de roles sexuales muy definidos, y que han conformado a la mujer como alguien que «tiende a pensar más en términos de cuidado y responsabilidad cuando considera un problema moral que en términos de derechos y justicia, y que los principios morales y políticos expresados en los estos últimos términos han silenciado las voces de las mujeres» (Gilligan, citado en Christman, 2017: 191, traducción propia).

Cómo puede el sistema liberal implementar un sistema más respetuoso con las mujeres es un asunto de amplio debate, especialmente en los casos de micromachismos fuertemente arraigados en la sociedad y que muchas veces ni siquiera son fácilmente identificables. En cualquier caso, no podemos obviar que no existe una perspectiva feminista, sino muchas y muy diversas, y que el fondo de la cuestión es similar al de la raza: ¿puede el sistema liberal, monumento a la justicia y a los derechos privados, mostrar la sensibilidad que requiere el dar satisfacción a las demandas de los numerosos grupos sociales no incluidos tradicionalmente en las consideraciones políticas?

Esta última cuestión toma una importancia capital en los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI, que trataremos de analizar seguidamente.

4. El siglo XXI: la última batalla del liberalismo

4.1. La gran crisis de principios de siglo. Antecedentes y consecuencias.

Los inicios del siglo XXI han estado marcados por numerosos problemas e inestabilidad a nivel global, aunque en este caso no se trata de ningún conflicto bélico a nivel mundial; de hecho, las cifras respecto a seguridad ciudadana y nivel de violencia a escala global son mejores que nunca en la historia y su documentación y análisis son ya un objeto de estudio importante a nivel internacional (OMS, 2011: 3). Los problemas que enfrenta el nuevo milenio tienen más que ver con la economía, la globalización y los conflictos identitarios, como veremos más tarde.

Como comentamos en el apartado anterior, la economía financiera creció a pasos agigantados durante los últimos 30 años del siglo XX hasta convertirse el principal motor económico en los países desarrollados. La naturaleza multinacional de la economía financiera y productiva modernas las ha hecho dependiente de los Estados en lo concerniente a la protección de sus activos y el mantenimiento de las legislaciones favorables, pero ha logrado también, al mismo tiempo, no ser dependiente, pudiendo hospedarse donde las condiciones sean más propicias para la actividad. Así, vemos como en los años finales de la primera década de siglo muchos inversores, preocupados por la ola de protestas espontáneas que llenaban las calles chinas, simplemente trasladaban sus fondos e inversiones a otras economías, como la brasileña, que tenía unas instituciones más democráticas, promocionando de este modo la estabilidad que los negocios necesitaban (Bello, 2013: 26).

Esta situación altera la dinámica tradicional de la guerra que el liberalismo lleva dos siglos librando contra las diferentes coyunturas a las que se ha enfrentado: sin un marco nacional, las estructuras legales no tienen una efectividad similar, y los grandes capitales tienen ahora más fuerza y capacidad de penetración que nunca para trasladar mensajes a la población, que es quien decide con su voto quién gobierna. Como veremos más tarde, no solo tiene la capacidad de *inocular* ideas en la mente de las personas según conveniencia, sino que es capaz también de *conformar* la forma misma en que las personas piensan.

El milenio nació de la mano de una crisis severa, la llamada «burbuja de las punto com», causada a consecuencia de la burbuja especulativa creada a raíz de la euforia causada por la aparición de nuevas empresas tecnológicas y el interés por la «nueva economía» basada en los negocios en línea. Como todas las crisis en la economía financiera, hizo que numerosos agentes especularan con activos de estas empresas, creando rentabilidad de las propias operaciones especulativas que finalmente, cuando la confianza comenzó a quebrarse, convirtió el sistema en una ruina que dejó pérdidas por valor de más de 7 billones de dólares (Bello, 2013: 52). La reacción de los Estados Unidos fue estimular la compra de inmuebles mediante amplias rebajas de los tipos de interés y ayudas estatales, marcando el camino para la creación de otra burbuja que terminaría explotando en 2007.

La nueva crisis, además, eclosionó en paralelo con la acelerada destrucción de empleos que tiene lugar como resultado del crecimiento de la economía financiera: solo en Estados Unidos desaparecieron 8 millones de empleos en manufacturas entre 1979 y 2009.

Tras el estallido de la crisis, la administración Obama preparó un paquete de medidas de cuño neokeynesiano que incluían la inyección de unos 787 mil millones de dólares para cubrir pérdidas causadas por activos tóxicos, cifra que parece asombrosa pero que, como Paul Krugman pronosticó, era claramente insuficiente (Bello, 2013:19). Esto provocó un doble efecto: hizo evidente que el dinero de los contribuyentes debía, una vez más, salvar los problemas provocados por la especulación privada²⁵ al mismo tiempo que legitimaba el discurso neoliberal de que el Estado empeoraba las cosas cuando la crisis alcanzaba cotas más graves por haber practicado un keynesianismo tímido y no haber inyectado el dinero que era necesario. Obviamente, el Partido Republicano nunca sostuvo este argumento, sino que se limitaba a decir que la crisis estaba empeorando precisamente porque el gobierno estaba participando, una vez más, en la economía.

²⁵ Cosa completamente contraria al pensamiento liberal de responsabilidad por los propios actos. El neoliberalismo consiguió establecer una dinámica por la cual se pregona que el Estado no debía participar en la economía para garantizar que las aventuras arriesgadas perjudicarían a los que las emprendieran, pero a la vez, por el peso de los actores económicos en los países, estos se veían obligados a rescatarlos tantas veces como fuera necesario por la propia supervivencia del sistema.

Europa también intervino su tambaleante economía, especialmente en los países del sur, donde se impuso la retórica de recortes en el estado de bienestar y disciplina monetaria, con consecuencias que, si bien han contribuido a estabilizar las cuentas macroeconómicas de la Unión Europea, han dejado secuelas en países como Grecia que todavía se dejan sentir muy gravemente.

China, un país que ha medrado tremendamente al calor de convertirse en el taller del mundo y exportar productos manufacturados,²⁶ se vio en la necesidad de compensar la reducción de mercado en Estados Unidos y Europa, sus principales clientes, para lo cual el gobierno inyectó 585 miles de millones de dólares en un programa de estímulo a la demanda interna, aunque esto no parece que vaya a ser capaz de revertir la dependencia estructural que China tiene del comercio exterior, según palabras de Yu Yongding , expresidente de la Sociedad China de Economía Mundial (Bello, 2013: 24).

China es, además, uno de los principales actores de la internacionalización de la economía financiera. En su fulgurante ascenso económico y comercial ha acumulado más de un millón de billones de dólares solo en la primera década de siglo por el desequilibrio de la balanza comercial con los Estados Unidos, cuya deuda pública sigue en ascenso galopante (Bello, 2013:111). La dependencia que China y Estados Unidos, principales potencias económicas mundiales, tienen entre sí, introduce una estabilidad crónica en el sistema que lo hace permanentemente susceptible a quebrarse, especialmente si tenemos en cuenta que los países de la Unión Europea, que también suponen una gigantesca porción del comercio mundial, dependen económicamente de los dos primeros también.

Otro enorme problema que enfrenta el planeta es el ambiental. No es necesario insistir en exceso en la gravedad de la situación a la que nos enfrentamos de degradación de la capa de ozono y los recursos naturales, escenario agravado por la necesidad de seguir potenciando la economía por medio del comercio, especialmente con China, que produce una escalofriante huella ecológica. Pero no solo el comercio con China es el responsable, sino que, incluso dentro de las fronteras de los países

²⁶ Aunque a partir de los años 90 se ha convertido también en hogar de numerosos centros de producción de muchas marcas, como Apple, creando componentes tecnológicos casi en exclusiva, lo que ha creado un valor añadido impresionante en su economía

observamos prácticas altamente contaminantes en el día a día. Por ejemplo, un plato de comida en los EEUU viaja una media de 2414 kilómetros desde sus fuentes de extracción a la mesa (Bello, 2013: 160).

El problema del cambio climático lo es también de justicia. En la cumbre de París de 2016 se planteó el problema de las economías en desarrollo, que han visto como los países desarrollados utilizaban combustibles fósiles y se enriquecían con prácticas altamente contaminantes mientras que ellos se ven obligados a encontrar métodos más respetuosos con el medio ambiente —y menos rentables a corto plazo— para alcanzar su desarrollo. Una de las claves de la cumbre fue, de hecho, el compromiso de India de buscar esos métodos a cambio de inversiones de los países occidentales, aunque ahora, con la administración Trump en el gobierno y su escepticismo respecto al cambio climático que le ha llevado a abandonar el pacto, el futuro del mismo está en el aire.

El cambio climático se alía con otro hecho muy alarmante de los últimos tiempos: el desaforado crecimiento poblacional que, según la ONU, continuará creciendo hasta alcanzar los 11200 millones de personas en 2100 (ONU, 2015). Los devastadores fenómenos climáticos se han convertido en moneda común en los últimos años, viendo tormentas, tsunamis, tornados e inundaciones devastando hogares y plantaciones en Asia y América al menos dos veces cada año. Esto tiene un coste enorme para la agricultura y la ganadería, que encuentra muchas dificultades para continuar produciendo comida a un ritmo tan acelerado (Bello, 2013: 174). La ganadería intensiva, además, está agravando dramáticamente los niveles de contaminación atmosférica por el CO₂ que los animales emiten.

Otro problema añadido a los que ya hemos reseñado es la pérdida de confianza en las organizaciones internacionales. El Banco Mundial, de cuyo origen en Bretton Woods ya hemos hablado, se encuentra en una situación muy difícil de credibilidad debido a que los países han encontrado que tomar préstamos de China resulta mucho más conveniente y menos gravoso políticamente. Así, los ingresos por préstamos del Banco Mundial bajaron de 8,1 miles de millones en 2001 a 4,4 miles de millones en 2004, cifra que ha continuado descendiendo desde entonces (Bello, 2013: 186).

Otra de las grandes instituciones creadas en Bretton Woods, el Fondo Monetario Internacional, se encuentra también en una situación delicada tras años incidiendo en la liberalización de los países a los que prestaba fondos. En Asia, durante los últimos años del siglo XX, se opuso a la creación de un Fondo Monetario Asiático que permitiera regular y salvaguardar el valor de las divisas de la región durante la aplicación de los draconianos planes a los que el FMI sometió a los países rescatados tras la llamada «Crisis de los Tigres Asiáticos» de 1997. Como resultado, el primer ministro malasio Mahathir bin Mohamad rompió con el FMI y las recetas por él impuestas, y poco después en Tailandia ganó las elecciones un gobierno que se presentaba con una plataforma anti FMI.

Pero el caso más sonado quizá haya sido el argentino. En 2003 Nestor Kirchner decidió ir en contra del FMI y afirmar que solo devolvería 25 céntimos de cada dólar que adeudaba a sus acreedores. El FMI, tras una oleada de reacciones furibundas se vio obligado a aceptar el pacto, lo que provocó que el gobernador del Banco de Inglaterra confirmara que el FMI «había perdido el rumbo». La pérdida de fondos de la institución ha sido también galopante, pasando de un presupuesto de 3,19 miles de millones en 2005 a 635 millones en 2009 (Bello, 2013: 185).

En el plano económico, pues, el liberalismo se encuentra en la encrucijada de que necesita desesperadamente un sistema dinámico con estimulación del comercio y demanda que cubra la crisis de sobreproducción, pero a la vez este camino lleva a una situación de polución inadmisibles, en última instancia a la destrucción del planeta.

La crisis y los desmanes económicos han culminado en una situación de quiebra del multilateralismo político que caracterizó el siglo XX; la victoria electoral de Trump, con un programa antiglobalización y de proteccionismo económico, y los datos electorales de grupos nacionalistas y euroescépticos en países de la Unión Europea confirman la tendencia de la desafección cada vez mayor hacia una globalización y un multilateralismo que la gente ve como causante de la pandemia de crisis sucesivas que hemos vivido en los últimos años.

4.2. Las otras batallas del liberalismo del siglo XXI

El liberalismo en el siglo XXI —totalmente reconvertido a neoliberalismo— ha sido completamente globalista, arrastrado por las necesidades del comercio y los grandes capitales financieros. En los últimos años hemos visto una aceleración de la globalización sin precedentes: capitales deslocalizados, inmigración en grandes números, viajes intercontinentales cada vez más baratos y un ambiente social tendente, en general, al respeto al multiculturalismo.

Sin embargo, especialmente en la última década, se ha podido contemplar una corriente conservadora que rechaza entrar en el discurso liberal y ve la globalización como una amenaza a su *modus vivendi*. Muchas de las personas de ideología conservadora aceptaban tácitamente el liberalismo mientras este se acotaba al Estado nacional y a la competición entre naciones, pero no están dispuestos a comulgar con la homogeneización de los modos de pensar y vivir.

Podemos distinguir el liberalismo del conservadurismo en que «los liberales insisten en que la justicia, definida con referencia a la igualdad y autonomía, es el valor primario de una sociedad decente y una condición necesaria para que los ciudadanos disfruten de una vida plena, mientras que los conservadores ven otros aspectos relacionados con prácticas sociales de gran tradición como más importantes, en la mayoría de los casos, para ese florecimiento» (Christman, 2017: 144, traducción propia). Así, muchos sectores conservadores pueden ver el respeto a los caminos de una religión o la defensa de la patria como cosas más importantes que un sistema de justicia aséptico como el que defiende la doctrina liberal.

Uno de los grupos derivativos de este conservadurismo que, en mi opinión, más vigor está tomando en los últimos tiempos es el comunitarismo. Tradicionalmente, los comunitaristas rechazan el principio liberal de que una persona puede alcanzar un florecimiento por sus propias acciones, aislado de la sociedad en la que vive; para los comunitaristas —al igual que para algunos otros modos de pensamiento que hemos visto— la sociedad, la *comunidad* y las instituciones en la que el individuo se desenvuelve son vitales para entender sus objetivos y su florecimiento.

Los comunitaristas, pues, rechazarían los postulados rawlsianos, ya que para ellos el individuo aislado de su sociedad no existe, y por tanto el constructo teórico

del filósofo norteamericano no tiene validez. Muchos valores, además, no pueden en ningún modo ser asociados con un individuo en particular, sino que son valores puramente sociales (Christman, 2017: 153). La victoria de Trump en los Estados Unidos, además del ascenso de opciones nacionalistas en Europa o el Brexit, ha sido una oda al comunitarismo. Los argumentos electorales de promoción de la industria nacional, el levantamiento de un muro con México o el estricto control de inmigración son las iniciativas más agresivas dentro de un discurso de fondo comunitarista. Es curioso hacer notar, también, que muchos de los anarcoliberales, la versión más estricta del neoliberalismo, han experimentado un viraje hacia el comunitarismo a raíz, especialmente, del terrorismo islamista y la inmigración de los últimos años (Stefan Molyneux, 2017).

En paralelo al feminismo, y partiendo de la misma raíz, la identidad personal respecto al género es también un intenso campo de batalla. La presión social e injusticias que sufren las personas que no se sienten cómodas ni identificadas con sus características biológicas no encuentran un cobijo adecuado en la imparcialidad liberal, ya que muchos de esos malos tratos no son una cuestión legal —aunque muchas veces sí que lo son, cuando existen agresiones o insultos graves—, sino que tienen que ver con la conformación patriarcal de la sociedad y tradiciones heredadas. El potente asociacionismo entre las personas de «género fluido» y otras sensibilidades acerca del género hace que en muchos casos desarrollen una suerte de comunitarismo, donde sus opiniones políticas y proyectos vitales están también inmersos dentro de las dinámicas de una comunidad que les representa mejor que la sociedad de su nación.

La crítica postmoderna sobre el liberalismo afirma también que la identidad personal no puede ser confinada a límites unidireccionales, sino que goza de muchas capas diferentes dependientes de las dinámicas sociales:

«Al igual que todas las categorías conceptuales son inestables y socialmente construidas, esos conceptos que organizan la propia autoconcepción, como el género, raza, etc., no se refieren a características o modos de ser. Más bien el género es *performato*, de una forma no intencional y no cognitiva, en tanto es desarrollado por los estilos de vida adoptados y construidos por los sentidos dominantes que la cultura propia provee (y eso, por lo tanto,

refleja las estructuras de poder de esa cultura)» (Christman, 2017: 229, traducción y cursivas propias).

La justicia internacional, especialmente la redistributiva, ha experimentado también un nuevo enfoque, distinto al tradicional liberal. Rawls había hablado de una segunda posición original, donde los pueblos más desarrollados y civilizados pudieran aliarse entre sí para proteger las libertades de la gente, observar tratados y acuerdos y cumplir algunas otras condiciones de justicia internacional. Este enfoque, sin embargo, resulta muy escaso para muchos, además de constituir en la realidad una violación flagrante de tal principio con la miríada de intervenciones de los Estados Unidos y las organizaciones como el FMI o el Banco Mundial en los asuntos nacionales de países terceros sin consideración con tales principios liberales.

La inmigración en grandes números de esta década, como ya habíamos adelantado, ha supuesto un reto para los liberales clásicos, que abogan por la igualdad de oportunidades de todos para medrar y cumplir un proyecto vital. Dentro de los liberales hay quienes afirman que la inmigración debe ser controlada para no destruir las estructuras nacionales que permiten el florecimiento de los individuos, pero muchas otras posturas oscilan entre el cierre radical de las fronteras o un mundo sin ellas. En cualquier caso, el debate sobre cómo la inmigración puede influir de una manera destructiva en sociedades que ya son multiculturales *per se*, o en qué cantidad de personas podríamos cifrar tal peligro, sigue siendo un enigma por resolver.

Otro asunto interesante es cómo los nuevos modos de crear riqueza, las redes sociales y demás agentes están operando en el individuo; la poca intimidad que los sistemas de recolección de datos permiten al individuo en el mundo digital está creando una manera de ejercer una autoridad *suave*, sin coacciones externas, sino por medio del análisis de esos datos y la creación de «paquetes de información y opinión» cómodos para el individuo, que los consume conformando su ideología y mentalidad a tenor de lo que las grandes compañías deciden, anulando, según algunos autores, la libertad del individuo radicalmente (Byung Chul Han, 2017: 58).

5. CONCLUSIONES

La razón de hacer un recorrido tan largo por la historia liberal tenía como objetivo original poner de relieve las contradicciones y adaptaciones que la doctrina ha sufrido en toda su historia. El afán por defender el capitalismo y su tendencia de mantener términos simplistas acerca de la sociedad y el individuo —por sus orígenes en sociedades coloniales sin preocupación por las minorías— ha provocado la aplicación de numerosos parches teóricos y de formidables campos de oposición, que ha ido superando gracias a que los Estados liberales han gozado siempre de niveles de vida superiores a la media mundial, lo que evitaba que hubiera convulsiones graves (las lecciones aprendidas en el siglo XIX).

Desde el giro neoliberal algunas cosas han cambiado: las sociedades históricamente pobres y poco desarrolladas están avanzando rápidamente en términos de riqueza y nivel de vida, mientras que los países tradicionalmente ricos están siendo poco a poco despojados de sus sectores económicos más valiosos, haciéndoles depender del voluble capital financiero para cubrir los vacíos de riqueza, dando lugar a innumerables crisis. Occidente se ha convertido en consumidor de la producción desaforada de países en vías de desarrollo, modelo que, por un lado, es necesario para mantener el sistema de capitalismo global, pero que, por otro, está llevando al planeta por un camino de agotamiento y autodestrucción.

Al mismo tiempo, la globalización ha abierto nuevas vías de expresión de sectores sociales históricamente dejados de lado, que no encuentran acomodo en el modelo liberal vigente.

La solución que el liberalismo sea capaz de encontrar en lo que consideramos su batalla más difícil está aún por descubrir; suscribiendo las palabras de David Harvey, «la libertad no es más que una palabra...».

Bibliografía

- Bello, Walden (2013) *Capitalism Last Stand?*, Nueva York, Macmillan.
Barber, William J. (1971) *Historia del Pensamiento Económico*, Madrid, Alianza Editorial.
Christman, John (2018) *Social and Political Philosophy*, Nueva York, Routledge.
Chul Han, Byung (2017) *Psycho-Politics*, Londres, Goethe Institut.
Galbraith, John K. (1989) *Historia de la Economía*, Barcelona, Ariel.
García Voltá, Gabriel (1995) *Aproximación a la historia del comunismo*, Barcelona, Promociones y publicaciones universitarias S.A.

- Friedman, Milton y Rose (1980) *Free to Choose*, Nueva York, HBJ.
- Harvey, David (2005) *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press.
- Stuart Mill, John (1962) *Sobre la libertad*, Buenos Aires, Aguilar.
 - (2002) *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, Madrid, Alianza.
 - (1983) *La utilidad de la religión*, Madrid, Alianza.
- Ocampo Suarez Valdés, Joaquín (2011) *Manual de historia económica mundial*, Gijón, Ediciones Trea.
- Rodriguez Braun, Carlos y Rallo, Juan Ramón (2009) *Una crisis y cinco errores*, Madrid, Editorial Lid.
- Organización Mundial de la Salud (2011) *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, Washington.
- Rawls, John (1999) *A Theory of Justice*, Cambridge, Harvard University Press.
 - (1993) *Political Liberalism*, Nueva York, Columbia University Press.
- Rothbard, Murray N. (2000) "Historia del pensamiento económico (pasajes)", en *Misses Daily Articles*. <https://www.scribd.com/document/356044721/Historia-del-pensamiento-economico-Murray-N-Rothbard-Volumen-1-pdf>
- Sociedad de las Naciones Unidas (2017) *World Population Prospects 2017*, en Sociedad de las Naciones Unidas. <https://esa.un.org/unpd/wpp/>.
- Wallerstein, Immanuel (2016) *El moderno sistema mundial IV, El liberalismo centrista triunfante, 1789-1914*, Madrid, Siglo XXI.

